



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Bogotá - Cundinamarca - Boyacá



Great Place To Work
Certified
ENE 2004-ENE 2005

30 AÑOS

DATEATE

al minuto

Bogotá, Colombia, noviembre - diciembre 2025

Edición No.75

Observador de la historia, Jorge Cardona y el periodismo que no olvida.

Jorge Cardona Alzate es un reconocido periodista y filósofo, con más de cuatro décadas de trabajo.

Vanguardia académica Pag. 5 ▶

Armero: 40 años de una tragedia que enlutó a Colombia.

El 13 de noviembre se cumplieron 40 años de la erupción del volcán Nevado del Ruiz que desapareció la población de Armero de Guayabal. Datéate hace un recorrido por los medios de comunicación que, en su momento, informaron al país de la trágica noticia.

La esquina del barrio Pag. 15 ▶

El último adiós de un 6 de noviembre.

¿Parásitos...? ¿Gusanos? Espere: M-19.

La esquina del barrio Pag. 17 ▶

Preguntas que el fuego del Palacio de Justicia dejó sin respuesta.

Cuarenta años después de la toma y retoma del palacio, aún quedan varias preguntas en el tintero. La justicia no ha logrado apagar el fuego de la memoria de todas las víctimas que dejó este acontecimiento histórico, que marcó a una generación completa.

La esquina del barrio Pag. 19 ▶

Roscograma del Gobierno Duque.

El gobierno de Iván Duque fue señalado por continuar las malas prácticas de su predecesor, Juan Manuel Santos, en cuanto a la repartición de cargos y la llamada “mermelada burocrática”. Durante su campaña presidencial, Duque prometió transparencia y meritocracia, pero una vez en el poder, estos compromisos se vieron opacados por el ascenso de familiares de altos funcionarios a importantes cargos públicos.

De todo un poco Pag. 24 ▶

40 AÑOS DEL HOLOCAUSTO: MEMORIAS Y RECUERDOS DEL PALACIO DE JUSTICIA

Alexandra Lozano Garzón | 8.º semestre



Fotografía: Profesor Andrés López

35 guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia y cientos de soldados llegaron en busca de una retoma. No hay certeza del número total de víctimas, más de 100 personas murieron y actualmente, el número de desaparecidos varía. Entre los sobrevivientes, testigos y familiares, 40 años después del holocausto, aún se buscan respuestas, cuerpos, justicia y resignificación de la memoria. Andrés López, soldado de la Guardia Presidencial en 1985 y hoy profesor de comunicación social, relató lo que vivió en este hito histórico, consciente de que su lugar no es el de una víctima.

Nota principal Pag. 10 ▶

RECTOR GENERAL
P. Harold Castilla Devoz, CJM

RECTOR SEDE PRINCIPAL
Jefferson Enrique Arias Gómez

DIRECTORA DEL PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL – PERIODISMO
Catalina Alfonso Franco

COORDINADOR ACADÉMICO
Felipe Cáceres

COMITÉ EDITORIAL DE SEDE
Catalina Alfonso Franco
Felipe Cáceres Rodríguez
Juan Simón Cancino
Sonia Torres Quiroga

DIRECCIÓN GENERAL
Sonia Torres Quiroga
Simón Cancino Peña

DIAGRAMACIÓN
Henry Sebastián Tique Erazo - InHouse FCC.

ILUSTRACIÓN
Datéate - InHouse FCC.

FOTOGRAFÍAS
Sonia Milena Torres, RTVC, Planeta de Libros, Julián David Bernal.

TEXTOS
Daniel Cepeda, Cristian Reyes Peña, Emanuel Suárez, Alexandra Lozano Garzón, Laura Fernanda García y Vanessa Marín Álzate (Egresadas), Daniel Felipe Pérez Domínguez, Luisa Fernanda Pérez Buitrago (Egresada), Julián David Bernal, Andrés Felipe Rey Pérez, Laura Camila Cárdena y Augusto Diaz Cadena.

EDICIÓN
Sonia Torres Quiroga
Simón Cancino

CORRECCIÓN DE ESTILO
Nury Mora Bustos

EDICIÓN DE FOTOGRAFÍAS
Datéate - InHouse FCC.

CONCEPTO GRÁFICO E IMPRESIÓN
Buenos y Creativos

Los contenidos de los artículos aquí publicados son responsabilidad de cada uno de los redactores.



Perteneciente a la Red Colombiana de Periodismo Universitario

Una publicación de UNIMINUTO
Edición No. 75
<http://www.uniminutoradio.com.co/dateate>

Para más información escribir a:
smtorres@uniminuto.edu
dateateweb@gmail.com

Ecos y sueños

En medio del caos y el ritmo tan violento de la ciudad no solemos detenernos a pensar en nuestra historia, en quiénes somos o de dónde venimos.

Daniel Cepeda | 8º semestre



Fotografía: RTVC

La televisión llegó a Colombia el 13 de junio de 1954. La primera transmisión, que se realizó desde Bogotá en blanco y negro, marcó el inicio de una nueva era para la difusión cultural, educativa y de entretenimiento en el país.

Bogotá, con su tráfico incesante, su bullicio y su prisa, muchas veces nos empuja a olvidar que bajo el ruido y el cemento se esconden las huellas de un país que aún busca entenderse. Recordar y reflexionar sobre nuestro pasado no es un ejercicio que hagamos a menudo, pero cuando lo hacemos, nos encontramos con algo profundamente humano: la necesidad de reconocernos en nuestra propia voz, en nuestras imágenes y en nuestros silencios.

En el barrio Quinta Paredes, detrás de las avenidas congestionadas y los edificios grises, se alzan discretamente las instalaciones de RTVC, el sistema de medios públicos de Colombia. A primera vista, nada del exterior anuncia la magnitud de lo que ocurre adentro. Sin embargo, en lo recóndito de esas paredes se libra una batalla silenciosa pero poderosa: la de preservar la memoria sonora y visual de un país entero. En esos espacios donde pocos entran, un grupo de

personas trabaja cada día para conservar aquello que nos define como nación, lo que nos une más allá de las fronteras y las diferencias: nuestra historia compartida.

La primera parada fue la sala de restauración de audios. En un cuarto de un blanco inmaculado, dos hombres nos recibieron con la serenidad de quienes conviven con el pasado a diario. Nos contaron cómo se restauran grabaciones de hace más de 85 años, piezas únicas que guardan voces, risas, noticias, tragedias y canciones que marcaron generaciones. El proceso comienza con algo tan simple —y a la vez tan delicado— como limpiar las cintas. Esas cintas, con décadas de polvo acumulado, son testigos materiales del paso del tiempo. Después se digitalizan y se inicia la fase más compleja: eliminar el ruido, ese “sonido de aceite fritando”, como lo describieron entre sonrisas, que acompaña a los audios antiguos y les da su característica atmósfera de nostalgia.

Nos mostraron un ejemplo que nos dejó sin palabras: una grabación del Bogotazo, aquel 9 de abril de 1948 que cambió para siempre el rumbo de Colombia. Primero escuchamos la versión sin restaurar, donde el chisporroteo del tiempo casi ocultaba las voces. Luego, nos hicieron oír la versión restaurada. En ese instante, cerré los ojos y, por unos segundos, sentí que estaba allí, en medio de la multitud que gritaba, entre el caos de la historia. La claridad del sonido era tal que parecía que la radio acababa de transmitirlo esa misma mañana. Fue como abrir una ventana al pasado y respirar el aire de otra época.

Sin embargo, lo más impactante no fue solo escuchar ese milagro sonoro, sino saber que aún hay más de cuarenta mil archivos esperando ser restaurados. Cuarenta mil fragmentos de historia aguardando pacientemente en una bóveda, como si el tiempo los hubiera dejado en pausa. Uno de los técnicos mencionó que un audio de apenas 24 minutos puede tardar entre cuatro y cinco horas en ser restaurado. Pensar en eso —en miles de horas de trabajo minucioso— me hizo comprender la magnitud titánica de su labor. Durante un año entero trabajaron para restaurar completa la radionovela de Kalimán, preparando con un año de antelación la retransmisión de un clásico que forma parte del imaginario de millones de colombianos. En cada palabra, en cada ruido rescatado, hay una lucha contra el olvido.

La siguiente parada fue la sala de restauración audiovisual. Allí se respira una especie de reverencia. Las pantallas, los escáneres y los programas de edición conviven con fotografías amarillentas y cintas de video que parecen reliquias. La regla de oro, nos explicaron, es “respetar la visión del autor”. No se trata de embellecer ni de inventar, sino de preservar la intención original: el color exacto de una escena, el brillo del lente, incluso los pequeños errores que hacen auténtico un registro. “No es nuestro trabajo hacer que algo viejo parezca nuevo”, dijo una restauradora, “sino permitir que el pasado siga hablando en su propio lenguaje”.

Nos mostraron fotografías tomadas hace cincuenta años, imágenes de programas y transmisiones de épocas donde la televisión era un lujo y el país se reunía frente



Fotografía: RTVC

RTVC en Bogotá concentra la producción, programación y transmisión de sus diferentes medios, incluyendo canales de televisión como Señal Colombia y Canal Institucional, emisoras como Radio Nacional de Colombia y Radiónica, y plataformas digitales como RTVCPlay y Señal Memoria.

a una sola pantalla. **Cada archivo restaurado es una cápsula del tiempo que nos recuerda de dónde venimos.** Pensé en cómo ha cambiado la forma en que nos relacionamos con los medios: pasamos del VHS y los cassettes a los discos duros y a la nube; de esperar una hora exacta para ver un programa, a tener todo al alcance de un clic. Hoy podemos ver nuestros programas y series favoritos a cualquier hora, en cualquier dispositivo, pero esa facilidad es fruto de un largo camino. Detrás de cada avance tecnológico hay décadas de trabajo, ensayo y error, sueños y persistencia.

Luego, llegamos a la sala de máster de televisión, una especie de cerebro del canal. Apenas cruzamos la puerta, nos envuelve una oscuridad interrumpida por la luz constante de decenas de pantallas. Todo parece vibrar con un ritmo propio: botones, luces, monitores, cables... Cada uno tiene una función exacta. Un movimiento equivocado, una tecla presionada fuera de tiempo, y el orden de la transmisión podría colapsar. Ahí, en medio de ese silencio expectante, comprendí que los verdaderos protagonistas de la televisión muchas veces no aparecen frente a las cámaras, sino detrás, asegurando que la información llegue clara, precisa y a tiempo a millones de hogares colombianos.

El recorrido continuó hacia los estudios de grabación, espacios donde la imaginación cobra forma. Frente a nosotros, el set de Canal Trece estaba en plena producción: luces encendidas, una actriz ajustando su maquillaje, y al fondo, una enorme pantalla verde lista para transformarse en cualquier

escenario posible. La escena parecía sacada de un sueño cinematográfico. A pocos metros, una figura de Evangelion —sí, un personaje de anime— decoraba uno de los pasillos. Detalle curioso, pero a la vez simbólico: incluso los medios públicos, que muchos consideran sobrios, también guardan un rincón para la fantasía.

Finalmente, llegamos al lugar más esperado: el set de noticias. Era amplio, luminoso, de un azul profundo que inspiraba respeto y serenidad. En una esquina, un piano aportaba un toque elegante al ambiente. Frente a mí, un escritorio imponente parecía esperarme, como si me invitara a sentarme y experimentar lo que sienten los presentadores cada noche. Las cámaras, del tamaño de una persona, apuntaban hacia el centro con precisión matemática. Allí entendí que estar frente a ellas no es solo un trabajo técnico, sino un acto de responsabilidad: quien se sienta en esa silla tiene la tarea de narrar la realidad de un país entero. El experimentar esto, como alguien cuyo sueño siempre ha sido trabajar en medios

fue algo indescriptible. El pisar un espacio que solo había visto en mis más profundas fantasías, sentirlo respirar fue algo que no creí experimentar... como si las pantallas y cámaras me hablaran, diciéndome que mis sueños eran reales y eran algo que se podían alcanzar.

Mientras salíamos del estudio, no pude evitar pensar en lo simbólico de ese recorrido. **RTVC no es solo un canal. Es un archivo vivo de nuestra identidad colectiva, un puente entre generaciones, una memoria en resistencia frente al olvido.** En una época donde todo parece efímero, donde lo digital se borra con un clic, ellos trabajan para que las voces del pasado sigan resonando.

Salir de allí fue como despertar de un viaje en el tiempo. Afuera, el ruido de la ciudad volvió a hacerse presente, pero algo había cambiado. Sentí una gratitud profunda hacia quienes, desde el anonimato, dedican su vida a conservar lo que fuimos y, en consecuencia, lo que somos. RTVC no solo transmite programas; transmite historia, y en cada cinta restaurada, en cada imagen recuperada, hay una parte de nosotros mismos que se niega a desaparecer.



Salida pedagógica estudiantes Diplomado en Periodismo

40 AÑOS

del asalto al Palacio de Justicia:
memoria, heridas y silencios

Cuatro décadas después, el Palacio sigue siendo símbolo de impunidad, silencio y deuda histórica.

Cristian C. Reyes Peña | 8.º semestre

El pasado 6 de noviembre de 2025, durante las horas de la noche, se organizó el foro “40 años del asalto del Palacio de Justicia: Juristas y Periodistas ante la verdad y la memoria”, organizado por la Fundación Carlos H. Urán, en el colegio privado: Gimnasio Moderno, donde expertos coincidieron en que el estado colombiano aún no ha respondido las preguntas esenciales de la tragedia.

El evento abrió con los discursos del presidente de la Corte Suprema de Justicia, el Dr. Augusto Tejeiro Duque y del jefe adjunto de la Embajada de Alemania en Colombia, Simón Herchen, quienes llamaron a mantener viva la memoria institucional para avanzar en la verdad y reparación.

Primer panel

El pacto de silencio:

En el primer panel, “La justicia y sus administradores frente al Palacio de Justicia: 1985 - 2025”, intervinieron Ángela María Buitrago, Alfonso Gómez Méndez, Ramiro Bejarano y Amelia Pérez; este fue moderado por Ana Cristina Restrepo.

“Se sigue desconociendo información” - Ángela María Buitrago.

Los juristas coincidieron en que, cuatro décadas después, no existen verdades plenas ni responsables claros. Las investigaciones se fragmentaron, los procesos judiciales se diluyeron y la verdad histórica sigue incompleta. Lo que debería haber sido una lección institucional terminó convertido en un punto ciego de la justicia colombiana.

“El presidente no domina la situación” - Alfonso Gómez Méndez.

También se señaló la incompetencia del entonces presidente de la República, Belisario Betancur, cuya falta de decisión frente al operativo militar y escaso control político derivaron en una tragedia de estado. Para los juristas, el mando militar de la época priorizó la fuerza sobre la vida, dejando una herida que aún no cicatriza.

“Yo recibí esa noticia como si la hubiera esperado” - Ramiro Bejarano.

Los juristas recordaron que ya se conocía la intención del M-19 de tomar el Palacio de Justicia, información que había circulado entre distintas instancias del Estado antes del 6 de noviembre de 1985. Sin embargo, el aparato institucional no actuó con la debida

Agenda noviembre

FUNDACIÓN

CARLOS H. URAN

MEMORIA PARA LA DEMOCRACIA

FORO

40 años del asalto del Palacio de Justicia:
juristas y periodistas ante la verdad y la memoria

La justicia y sus administradores
frente al Palacio de Justicia:
1985-2025

Redacciones de prensa y reporteros
frente a la verdad del Palacio de
Justicia: 1985-2025

Ángela María Buitrago

Alfonso Gómez Méndez

Ramiro Bejarano

Amelia Pérez

Modera: Ana Cristina Restrepo

Ignacio Gómez

Julia Navarrete

Daniel Coronell

Modera: María Jimena Duzán

Palabras de apertura

Presidente de la Corte Suprema Dr. Augusto Tejeiro Duque
Jefe Adjunto de la Embajada de Alemania, Simón Herchen

JUEVES
6 DE NOVIEMBRE

GIMNASIO MODERNO -
CARRERA 9 # 74 - 99
5:30 - 8:30 P.M.

Con el apoyo de

Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá

Defensoría
del Pueblo

GIMNASIO MODERNO

Fotografía: evento 40 años

▶ Panelistas del Foro 40 años del asalto del Palacio de Justicia: Juristas y Periodistas ante la verdad y la memoria.

prevención, ni adoptó medidas para evitar la catástrofe. Esa omisión demuestra que el Estado no solo fue sorprendido, sino que ignoró deliberadamente señales de alerta que pudieron haber evitado el ataque.

Segundo panel

Perspectiva: la prensa frente a la verdad

La segunda parte del foro, “Redacciones de prensa y reporteros a la verdad del Palacio de justicia”, reunió a Jorge Rojas Rodríguez, Ignacio Gómez, Julia Navarrete y

Ramón Jimeno; fue moderado por María Jimena Duzán.

“Mientras se quemaba el Palacio, decidieron transmitir un partido de fútbol” - Ramiro Bejarano.

Tanto en la primera como en la segunda fase del foro, los ponentes coincidieron en que la censura impuesta por el gobierno y la autocensura mediática contribuyeron a construir una versión parcial de los hechos, puesto que la voz de las víctimas fue silenciada y las desapariciones quedaron fuera del relato “oficial”.

“Los que quemaron el Palacio fueron los militares” - Julia Navarrete.

En la discusión actual, los periodistas analizaron el uso excesivo de las fuerzas militares durante la toma y como el tratamiento mediático de la memoria y la tensión política en torno a las declaraciones del presidente Gustavo Petro, quien ha reivindicado su pasado como militante del M-19.

Cierre

La verdad como deuda

En el cierre del foro se enfatizó en el papel de los medios en relación con el poder y en cómo las narrativas oficiales siguen moldeando la percepción pública de la tragedia. Asimismo, al tiempo que se pidió responsabilidad y rigor en la reconstrucción de los hechos, se hizo un llamado para que la memoria sea parte activa de la democracia.

Después de cuarenta años, la toma del Palacio de Justicia sigue siendo una herida abierta. No hay verdad total, no hay responsables plenos y no hay reparación completa. Lo que permanece es la exigencia para que el Estado, la justicia y la prensa asuman que la memoria no prescribe, y que el silencio – bien sea por acción o por conveniencia - también es una forma de violencia.



Fotografía: 40 años

► Fotografía tomada de la Defensoría del Pueblo, uno de los organizadores del Foro.

OBSERVADOR DE LA HISTORIA,

Jorge Cardona y el periodismo que no olvida

Jorge Cardona Alzate es un reconocido periodista y filósofo, con más de cuatro décadas de trabajo que vivió y cubrió la toma del Palacio de Justicia en 1985.

Emanuel Suárez. | 6.º semestre

Jorge Cardona Alzate se ha destacado por su reconocida labor en medios de comunicación y su compromiso en la defensa del periodismo ético y la memoria histórica. A lo largo de su carrera ha trabajado en medios como Inravisión, Radio Caracol y El Espectador. Ha sido editor general, editor judicial y editor de la sección de opinión. También ha sido profesor de varias universidades.

Durante su trayectoria profesional ha recibido importantes reconocimientos nacionales e internacionales como el Premio Simón Bolívar de Periodismo y el Premio Nacional de Periodismo CPB, gracias a su dedicación en investigación periodística y su compromiso en la construcción de memoria y del conflicto colombiano.

Luego de 40 años de la toma del Palacio de Justicia por parte del grupo guerrillero M -19, y de la retoma del Palacio por parte del Ejército Nacional, en hechos ocurridos el 6 y el 7 de noviembre de 1985, Jorge Cardona narra para **DATÉATE** sobre su labor

como reportero en el cubrimiento de este acontecimiento que marcó la historia de Colombia.

Por esos días Jorge Cardona trabajaba en el Instituto Nacional de Radio y Televisión (INRAVISIÓN), que no tardó de llenarse de periodistas de distintas nacionalidades que tomaban las imágenes que llegaban desde el Palacio de Justicia.

Entrevista entre Emanuel Suárez y Jorge Cardona

● ● Emanuel Suárez (ES): ¿Qué fue lo primero que pensó cuando se enteró de lo que había sucedido en el Palacio?

Jorge Cardona (JC): Escuché la noticia llegando a Inravisión en buseta. De inmediato entendí la gravedad del suceso. La radio se ocupó de empezar a contar lo que estaba pasando, mientras se advertía el revuelo del país ante la magnitud de la noticia.

● ● ES: ¿Qué recuerdo tiene de cómo reaccionaron el país y los medios de comunicación?

En ese momento la radio era la líder de la información en vivo y en directo. La televisión tenía noticieros asignados en horarios y solo tiempo después empezaron a reportar sucesos con extras en medio de la programación. En esa época no había canales privados y todas las programadoras llevaban los casetes de sus espacios para difundirlos a través de Inravisión, y los noticieros se emitían en directo desde allí. Además del revuelo de la radio, fue clara la intervención de los medios de información para documentar la primicia. A través de esas informaciones fue evidente el impacto político y social del ataque al Palacio de Justicia y la respuesta militar.

Continúa en la página siguiente...

● ● ES: ¿Cree que en ese momento la gente comprendía lo que estaba pasando?

JC

Como otros sucesos graves de orden público, la sociedad colombiana no estaba preparada para un hecho de tales dimensiones. En los comentarios de la gente, las observaciones de la radio y el revuelo político, es claro que la gente quedó estupefacta ante la noticia. De nada más se volvió a informar esa tarde en la radio. A las siete de la noche se conocieron masivamente las primeras imágenes del Palacio de Justicia y esporádicas acciones de los combates. El país quedó sobrecogido ante lo sucedido. En el centro de la ciudad fue notoria la dispersión de la gente, pero también la presencia de curiosos buscando contemplar la tragedia.

● ● ES: ¿Cómo cree que influyeron el conflicto armado, el narcotráfico y el ambiente político frente a lo que pasó en el Palacio?

JC

En ese momento la guerra entre el gobierno Betancur y el M-19 estaba en un punto alto, a pesar de que se había firmado un acuerdo de cese al fuego desde agosto de 1984. Sin embargo, desde los 21 días de combate en el Cerro Yarumales, en Corinto, Cauca, a finales de ese año, la tregua se rompió y la decisión del M-19 de crear campamentos de paz en las ciudades agudizó la crisis.

Un grupo del equipo negociador del M-19 fue atacado en Cali y el comandante Antonio Navarro Wolf perdió una pierna. En septiembre cayó en combate en Cali el máximo comandante de la organización Iván Marino Ospina. Ese mismo mes fueron ejecutados por la Policía nueve jóvenes que repartían leche hurtada en un barrio del Suroriente de Bogotá. En octubre el M-19 atentó en Bogotá contra el comandante del Ejército Nacional, general Rafael Samudio Molina. Con el M-19 no hubo nunca respeto al cese al fuego de parte y parte. Respecto al narcotráfico, en ese momento se debatía en la Corte Suprema de Justicia el Tratado de Extradición con Estados Unidos, al tiempo que los magistrados recibían terribles amenazas exigiendo su caída. Era un momento de extrema tensión.

● ● ES: En términos generales, ¿qué opina sobre la forma en que el Ejército realizó la retoma?

JC

No es una opinión mía: la justicia concluyó que hubo un exceso de fuerza en una toma de rehenes que, además, estaba anunciada, porque en los principales diarios de circulación nacional, diecinueve días antes, se había informado que el M-19 pensaba tomarse el Palacio de Justicia. La Procuraduría también concluyó que, además de tratarse de una



Fotografía: Jorge Cardona

► Fotografía tomada de El Espectador, último medio de comunicación en el que Jorge Cardona trabajó antes de su júbilo como periodista.

toma anunciada, la manera de las Fuerzas Armadas de rescatar a los rehenes no era desconociendo los principios mínimos de respeto a la población civil no combatiente, a la luz de las normas del Derecho Internacional Humanitario.

● ● ES: ¿Cuáles considera que fueron los errores en el proceso de levantamiento de cuerpos?

JC

Al término de los combates existió una clara suplantación de la justicia y prevalecieron las órdenes marciales. Los cuerpos de las víctimas fueron bajados al primer piso, desprovistos de sus prendas y luego lavados. De la escena del combate fueron eliminadas evidencias, y la identificación de los cadáveres no tuvo criterios técnicos ni científicos, como concluyó el director de Medicina Legal de la época, Egon Lichtenberg. La justicia ordinaria no tuvo la independencia suficiente para cumplir con sus deberes, y las horas posteriores a los combates se convirtieron en un estado de confusión total que derivó en graves afectaciones a los expedientes abiertos.

● ● ES: ¿Qué opina de la orden de la ministra Noemí Sanín de transmitir un partido de fútbol el 6 de noviembre para distraer al pueblo colombiano?

JC

La ministra de Comunicaciones, Noemí Sanín, le aseguró a la Comisión de la Verdad que nunca dio la orden de transmitir ningún partido. En las reseñas de la justicia y de los periódicos de la época quedó constancia de que acudió, en diciembre, a un debate de control político en el Congreso donde reveló los términos del comunicado que su despacho hizo circular para sugerir a los medios de comunicación no transmitir en vivo y en directo lo que estaba sucediendo en el Palacio de Justicia.

En ese mismo debate de control político, hubo señalamientos y defensas a los medios de comunicación, y empezó a advertirse el cruce de narrativas respecto a la cobertura de los medios, una visión de los líderes de opinión y una información cotidiana de revelaciones sobre los hechos.

● ● ES: Dentro de la distinción entre guerrilleros y rehenes, se encontró que hubo inocentes que murieron por armamento nacional. ¿Qué opina de esto?

JC

Fue una guerra a muerte entre el Ejército y el M-19, sin respeto alguno por los rehenes en medio del fuego cruzado. De la mayoría no se supo cómo murieron por el estado de carbonización de los cuerpos, y en otros hubo evidencias de balística de proyectiles de armas de las Fuerzas Armadas. Las evidencias de la justicia bastan para responder.

● ● ES: ¿Qué opina del Plan Tricolor?

JC

El Plan Tricolor fue la reacción de las Fuerzas Armadas ante el plan y ejecución de este ataque de parte del M-19. Hay muchas teorías sobre por qué reaccionó tan rápido y de manera tan extrema. Es claro que la sociedad entera sabía que se iban a tomar el Palacio de Justicia, tanto que, a la hora del asalto, no había un solo miembro de la fuerza pública para proteger a los magistrados, en ese momento los colombianos más amenazados.

● ● ES: Meses antes de la toma, el ataque ya estaba advertido y el Palacio no fue protegido ¿por qué cree que esto ocurrió?

JC

Es la pregunta del millón y la razón por la cual la justicia administrativa reconoció la responsabilidad del Estado en los

hechos del Palacio de Justicia y muchas familias fueron indemnizadas económicamente. Le repito, fue una toma anunciada, sin mínima intención del Estado de atender el cese al fuego clamado en la radio por el magistrado y presidente de la Corte Suprema, Alfonso Reyes Echandía. Prevaleció el exceso de fuerza y se arrasó con el Derecho Internacional Humanitario de los civiles en medio de los combates.

● ● ES: ¿Qué cree que pasó con los empleados de la cafetería

La justicia concluyó que en la mayoría de los casos siguen desaparecidos. Primero lo hizo la Corte Interamericana de Derechos Humanos y, después de 2005, cuando la justicia recobró el caso para atender la desaparición forzada en calidad de delito imprescriptible por tratarse de un crimen de lesa humanidad, ratificó que la mayoría de los desaparecidos lo siguen estando, y por tanto las investigaciones continúan.

● ● ES: ¿Cómo cree que fue el proceso de duelo de las familias de los desaparecidos, del país, de la rama judicial y de las universidades?

El duelo fue una derrota nacional, un día de extrema pesadumbre, de sepelios rodeados de indignación y dolor. El Palacio de Justicia partió en dos la historia de mi generación y las cercanas. Si para los abuelos y mayores que hoy avanzan por los ochenta y noventa años su antes y después fue el 9 de abril de 1948, con el asesinato de Gaitán y el Bogotazo, para la nuestra fue el holocausto del Palacio de Justicia, que nunca ha dejado de crear polémica porque no hubo verdad y solo un mínimo de justicia. La sensación histórica es de grave impunidad.

● ● ES: ¿Qué tan pronto se recuperó la rama judicial después de este acontecimiento?

Creo que se sigue recuperando porque hay que recordar que el holocausto del Palacio de Justicia, y el asesinato del ministro de Justicia, Rodrigo Lara, en abril de 1984, fueron el preámbulo de una feroz arremetida contra la justicia. A los siete meses mataron al único sobreviviente de la Sala Constitucional de la Corte y ponente del tratado de extradición, el magistrado Hernando Baquero Borda. Luego asesinaron a cuatro magistrados del Tribunal Superior de Medellín, a jueces sin rostro, al exministro Enrique Low. La batalla de la justicia fue extrema y de supervivencia. Todavía no se repone del todo porque fue mancillada en su templo, descabezada su cúpula, incendiada, asesinada y suplantada. Sus esfuerzos contra la impunidad son insuficientes, que de alguna manera explican las dificultades del país y el tratamiento político del tema a través del tiempo.

● ● ES: ¿Qué opinión pública quedó sobre el presidente Belisario Betancur?

Belisario Betancur, a diferencia de los demás expresidentes colombianos, con excepción de Barco que ya estaba mal de salud desde que termina su mandato, se sumó en un silencio total hasta su muerte. Opinó de arte y cultura, se convirtió en mecenas de grandes figuras, pero salvo un par de intervenciones ante la justicia, no volvió a hablar del asunto. El ánimo del gobernante lo resumió Guillermo Cano en su columna Libreta de apuntes con una pregunta: ¿qué le pasó a Belisario? para significar que después del Palacio fue como si le hubieran sacado todo el aire.

● ● ES: ¿Cuál fue su papel antes, durante y después de la toma?

Pocos meses después del holocausto entré a la radio y, por conducto de un abogado, quedé conectado con el tema de los desaparecidos, que acompañé siempre desde el oficio de redactor. Cuando pasé a El Espectador, siempre escribí sobre el asunto. Claro está, la información no se limitó únicamente a este aspecto, sino en general a la actuación de la justicia en diferentes planos: la investigación al M-19 antes de la ley de indulto por el proceso de paz, la pesquisa en el Congreso contra Belisario Betancur, las averiguaciones contra los militares en la Procuraduría, el expediente ante la Corte Interamericana. He participado en varios libros sobre el tema y aporté la consultoría denominada Las responsabilidades del Palacio de Justicia, preparada para la Comisión de la Verdad en 2022.

● ● ES: Después de casi cuatro décadas, ¿qué cree usted que aún le hace falta al país para cerrar esta herida?

Esa fecha se recordará siempre por la gravedad de lo sucedido. Mientras haya desaparecidos, la obligación es seguir buscándolos, y al periodismo siempre le caben todas las responsabilidades posibles con la memoria. Los periodistas somos notarios de la historia; escribimos para que entiendan las sociedades del presente, pero también para que quienes se asomen a esos hechos dentro de cincuenta o cien años, entiendan bien lo que pasó esos días de noviembre.



Fotografía: Tomada de la Fundación Gabo

LAS VOCES QUE EL FUEGO NO PUDO SILENCIAR:

la historia que marcó un antes y un después en Colombia

Hacía pocos días que yo había tenido precisamente un sueño en el que estaba esperando el bus del colegio en compañía de mi papá, y se me caía el peine del pelo e iba a parar a mitad de la calle. En el momento en que mi papá lo intentaba recoger del suelo, pasaba justo el bus y lo lastimaba de gravedad.

Laura Camila Cárdenas | 8.º semestre

Como si de un sueño premonitorio se tratara, Helena Urán Bidegain relata en su libro Mi vida y el palacio: 6 y 7 de noviembre de 1985, como los hechos ocurridos hace 40 años en el Palacio de Justicia le arrebataron a su padre.

La diferencia de ideales, las injusticias, la desigualdad y la intolerancia han marcado la historia y desatado la violencia en Colombia, y como si estuviéramos viendo una novela que aún no ha llegado a su fin, el holocausto sucedido en noviembre de 1985 dejó huella en los corazones de cada una de las víctimas y en un país que, cada vez que intenta ver el sol, la oscuridad lo invade. Eran las 11:30 a.m. cuando un grupo de 25 hombres y 10 mujeres del grupo guerrillero M-19 detonó la toma del Palacio de justicia que duraría 28 horas.

Lo que parecía un día normal, con todos sus matices para ir a trabajar, a estudiar, a comparar con amigos y familia, para Helena, que en ese entonces tenía diez años, no sería un día normal.

Estaba lejos de dimensionar o imaginar lo que ocurriría el 6 y 7 de noviembre de hace 40 años. Su vida cambió para siempre, las risas, los chistes, los momentos de juego, las salidas a pasear, el contacto de su mano junto a la de su padre no volverían a repetirse, y quedarían guardados en el recuerdo.

Cómo un hecho que se pudo haber evitado por los previos avisos y las leves pero contundentes sospechas de que algo iba a pasar, siguió su curso normal, que dejó un sinnúmero de desdichas, muertes, desapariciones, injusticias e impunidad. Si bien la acción que desencadenó la toma del Palacio de Justicia estuvo encabezada por el M-19 a través de un acto violento, no se

puede invisibilizar el papel de las fuerzas armadas en la retoma.

De repente, y como en una película, vi acercarse y pasar delante de mis ojos un tanque de guerra por la Carrera 5 en dirección sur. Era uno de esos monstruos pesados diseñados en los países del norte para las guerras que se libran en el sur. Iba listo para el combate, listo para matar. Iba en dirección hacia donde se encontraba mi papá.

Así recuerda Helena Urán los hechos que avecinaban la gran tragedia en la que personas con sueños, deseos de salir adelante, padres y madres de familia fueron víctimas de quienes, desde el Estado o con ayuda de este, usaron la violencia como forma de coerción y el exceso de la fuerza y autoridad para decidir sobre la vida de los demás.

Carlos Horacio Urán Rojas era un hombre entregado a su familia, esposo de Ana Maria Bidegain y padre de cuatro pequeñas. Según las descripciones de Helena, Carlos era una persona inteligente, con un gran gusto por aprender y estudiar. Se distinguía también por su elocuencia y su dedicación al trabajo. Con esmero, y después de haberse formado como profesional en el exterior, regresó a Colombia a ocupar el puesto de magistrado auxiliar del Consejo de Estado en el Palacio de Justicia. En ese momento, trabajaba en una sentencia que condenaba al Estado por torturas cometidas que tenía molestos a los militares.

La retoma del Palacio se convirtió en un verdadero escenario de guerra, donde los enfrentamientos, disparos, bombardeos y ataques no cesaban y se intensificaban con el paso de las horas. El dolor, el sufrimiento y la zozobra de quienes se encontraban dentro de las instalaciones del tribunal, que ardía en llamas, parecían no

tener sentido. A pesar de las súplicas, los ruegos y los insistentes llamados al cese del fuego por parte de Alfonso Reyes Echandía, presidente de la Corte Suprema, nada detuvo la tragedia:

“Estamos con varios magistrados, un buen número de magistrados y de personal subalterno. Es indispensable que cese el fuego inmediatamente. Divulgue esto a la opinión pública para que el presidente dé la orden”,

fueron las palabras de Reyes Echandía a través de Todelar Radio, que desconsoladamente le pedía al presidente de la República, Belisario Betancur, una orden que nunca llegó, una orden que pudo cambiar el desenlace de este acontecimiento.

Hay horas que marcan el destino, y los presentimientos de que algo no estaba bien en la familia Urán Bidegain y sus allegados no fallaron. Sin embargo, frente a un escenario desgarrador, a las 2:17 de la tarde del 7 de noviembre de 1985, **una amiga periodista de la familia, que cubría los hechos, vio salir por la puerta del Palacio de Justicia a Carlos Horacio Urán con vida, cojeando y apoyado en dos soldados.** Con el corazón esperanzado y el alma llena de fe, Ana María Bidegain emprendió una búsqueda incansable por hospitales, morgues y diferentes lugares que pudieran darle pistas sobre el paradero de su esposo. Pero la búsqueda no tuvo el desenlace esperado; al día siguiente, con ayuda de algunos conocidos de la familia, el cuerpo del magistrado auxiliar fue encontrado en Medicina Legal, hecho que dejaba muchos interrogantes sobre las circunstancias de su muerte.

Tiempo después, gracias a las investigaciones, se pudo esclarecer que Carlos Horacio Urán y once personas más, que se encontraban como rehenes encerrados en el baño del tercer piso del Palacio durante los días de la toma y la retoma, salieron con vida y fueron trasladados, por órdenes de altos mandos militares, a la Casa del Florero. Allí fueron clasificados, torturados y asesinados de manera violenta. Estos hechos dejan numerosos interrogantes que aún hoy buscan respuesta.

Estos acontecimientos, al igual que las familias de las víctimas dejan varias preguntas: ¿Quién dio la orden de trasladar a los rehenes a la Casa del Florero?, ¿Por qué ocultaron las pruebas y los registros militares de

las operaciones ocurridas esos días? y ¿Por qué el Estado ha negado durante años la desaparición y asesinato de las personas que salieron con vida del Palacio de Justicia? Estos actos atroces, que representan un hito indignante para Colombia dejaron familias desamparadas que dependían de las personas que trabajaban allí, vacíos y ausencias que no se olvidan y nunca dejan de doler. Como si no fuera suficiente, llegaron las intimidaciones y amenazas, como en el caso de Helena y su familia, que por buscar verdad y justicia fueron amedrentadas y obligadas al exilio.

¿Por qué aún existe la impunidad, si se supone que el aparato judicial vela por el bienestar de su soberanía? ¿Por qué el presidente Belisario Betancur no accedió al diálogo y a negociaciones que pudieron evitar el holocausto que dejó decenas de personas muertas y condicionó la vida y tranquilidad de otras?

La fiscal Ángela María Buitrago se convirtió en un ángel para las víctimas que, por muchos años de lucha incansable, pedían justicia. Conocida como la fiscal de hierro”, en 2005, gracias a su persistencia que la llevó a encontrar los expedientes sobre la toma y retoma del Palacio de Justicia, logró llevar a juicio a los generales Jesús Armando Arias Cabrales e Iván Ramírez, y a los coroneles Edilberto Sánchez y Alfonso Plazas Vega, altos mandos del Ejército Nacional que comandaron la operación militar para recuperar la sede judicial tomada por la guerrilla del M-19.

Comprendió que no había muerto por culpa de los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el M-19, sino que gracias a videos de la época filtrados por el periodista Daniel Coronell fue posible confirmar que el magistrado Urán había salido vivo del Palacio de Justicia. Del mismo modo, la necropsia ordenada por la fiscal Buitrago y practicada a los restos de su padre, permitió determinar que había sido torturado y asesinado a manos de agentes del Estado.

Las víctimas, en especial los desaparecidos de la cafetería fueron marginadas, ultrajadas, señaladas como rehenes especiales, estigmatizadas, juzgadas y tratadas como objetos. ¿Acaso no eran también seres humanos que merecían vivir, ver crecer a sus hijos y cumplir con sus propósitos de vida?

Gracias a la persistencia de las familias afectadas y al ímpetu de Helena Urán por hacer valer la justicia y esclarecer los acontecimientos, en 2014 la Corte Interamericana de Derechos Humanos declaró al Estado colombiano culpable por los hechos ocurridos el 6 y 7 de noviembre de 1985 en el Palacio de Justicia, obligándolo aceptar su responsabilidad y a condenar a los responsables de dichos actos atroces de lesa humanidad.

Han pasado diez gobiernos y cuatro generaciones, y el Estado aún no responde por los desaparecidos de la cafetería del Palacio de Justicia. Muchas familias no tuvieron cuerpos a los cuales llorar, otros lloraban a cuerpos desconocidos y algunos aún mantienen la fe intacta y la esperanza viva de que sus familiares regresarán con vida.

Infelizmente, como era un bebé, no tengo recuerdos. Me arrebataron la oportunidad de que él estuviera en mi bautizo; incluso me bautizaron grande porque mi mamá esperaba que él llegara para poder bautizarme. Pero nunca fue así, Nunca llegó. Nunca llegó a la primera comunión, nunca llegó a mis 15 años y tampoco a mi grado de bachiller, de profesional ni de especialista.

Tampoco conoce a sus nietos. Y yo quiero que, por favor, el Estado responda, que me lo entreguen. Porque en los videos aparece saliendo vivo, vivo hacia la Casa del Florero y desde ahí no sé más nada de él. Mis únicos recuerdos son los videos, los carrotaques, los militares aquí afuera y lo que me cuenta mi familia sobre mi papá, él era un hombre íntegro y excepcional.

Pido verdad, por favor, no le dejen el karma de ocultar la verdad a sus generaciones, porque tarde o temprano saldrá A la luz.

Son las palabras de Esmeralda Suspes, hija de David Suspes Celis, chef de la cafetería, EN conmemoración de la memoria de su padre en la Plaza de Bolívar el pasado 7 de noviembre de 2025.

¿Cuál fue el papel de los medios de comunicación? ¿Por qué decidieron callar y no usar sus canales para contar todas las versiones de los hechos? El periodismo tiene la responsabilidad de garantizar la verdad, así como la obligación de informar. “El Ministerio de Comunicaciones prohíbe terminantemente la transmisión de entrevistas y llamadas a magistrados, puesto que ello dificulta cualquier operación tendiente a salvaguardar la vida de las personas que todavía se encuentran en el Palacio de Justicia”, fue la orden de Noemí Sanín, ministra de comunicaciones de la época.

La decisión de la exministra, junto con el resto del gabinete ministerial, censuró el derecho a la información, prohibiendo la transmisión de entrevistas, mensajes y llamadas de magistrados y demás actores involucrados. Con la excusa de no generar alboroto y alarmar a la población, les impidieron a los medios de comunicación informar sobre lo que realmente estaba ocurriendo. Esa noche muchos medios transmitieron un partido de fútbol para desviar la atención y ocultar la realidad. El periodismo se vio afectado y sometido al silencio cuando lo que debió hacer fue informar. Sin embargo, los medios se quedaron con



HELENA URAN

...Ha trabajado en Colombia, Estados Unidos y Alemania en diversos ámbitos de la política, en cooperación internacional, investigación, advocacy, comunicación y periodismo, con especial atención a los derechos humanos, la justicia, la migración, memoria histórica y políticas de la memoria.

Fotografía: Prensa Cajar

la versión oficial que ofrecía el gobierno. Pero: ¿Dónde quedaron las otras voces que hacían parte de la historia?

Darle eco al mensaje de la guerrilla, entrevistar a los magistrados, o simplemente informar sobre un hecho de trascendencia nacional fue sencillamente censurado, afirma Helena Urán en su libro Mi vida y el palacio.

Helena era una niña cuando, abruptamente, la intolerancia de este país le arrebató una parte de su vida. Algunas de las preguntas que se hacía Helena mientras crecía con la ausencia del ser que más amaba eran: ¿Quién soy yo? ¿Cómo me defino? ¿Qué lugar ocupo en este mundo? ¿Por qué no encajo en ningún lado? ¿Cómo me acostumbro a su ausencia y a la idea de no volverlo a ver? Tuvo que pasar por muchos lugares: Uruguay, Colombia, Estados Unidos, España, hasta llegar a Alemania donde pudo encontrarse consigo misma, entender su pasado y reconciliarse con él sin olvidar lo sucedido.

Así como la niña que, durante la izada de bandera, no entendía por qué tenía que alzar con orgullo una bandera que le trajo tanto dolor, yo pensaba al caminar por la Plaza de Bolívar, ver el nuevo Palacio de Justicia, escuchar a las familias de las víctimas gritar al unísono: ¿Dónde están los desaparecidos y desaparecidas del palacio de justicia? ¡Que el Estado responda, los queremos vivos porque vivos se los llevaron! tampoco entiendo porque la historia de un país con una diversidad cultural tan hermosa tiene

que estar manchado con tanta sangre.

Estos lugares no volvieron a ser los mismos, porque cada pared, cada suelo y cada rincón guardan miles de voces que deben ser escuchadas. Porque el que no conoce su historia, está condenado a repetirla.

● ●

MI VIDA Y EL PALACIO

La vida de Helena Urán cambió para siempre, las risas, los chistes, los momentos de juego, las salidas a pasear, el contacto de su mano junto a la de su padre no volverían a repetirse, y quedarían guardados en el recuerdo.

MAXI TUSQUETS EDITORES



HELENA URAN BIDEGAIN

Mi vida y el palacio:
6 y 7 de noviembre de 1985

MAXI TUSQUETS EDITORES

Mi vida y el palacio: Esta es una historia de violencia estatal en contra de un hombre y su familia, compuesta por cinco mujeres que debieron, tras el horrendo hecho, emprender un camino doloroso hacia el exilio.

Este texto de Helena Uran Bidegain no sólo es un acto de justicia poética sino una profunda reflexión sobre una de las peores tragedias que ha vivido Colombia. La masacre del Palacio de Justicia fue, además de un hecho luctuoso para la sociedad, un punto de inflexión para cientos de familias que quedaron atravesadas, literalmente, entre las violencias de la guerrilla y del Estado. Carlos Horacio Uran, un brillante abogado que se había formado en Uruguay, Bélgica y Francia, trabajaba como magistrado auxiliar en el Consejo de Estado. La tarde del 7 de noviembre salió vivo del Palacio pero luego fue introducido al edificio para hacerlo parecer muerto en el sangriento asalto del 6 y 7 de noviembre.

Edición ampliada y revisada.

Helena Uran Bidegain Nació en Lovaina Bélgica, en 1975. Estudió Ciencias Políticas en Colombia. Posteriormente cursó pregrado y maestría en Estudios Latinoamericanos, Lingüística y Medios en Hamburgo, Alemania. Ha trabajado en Colombia, Estados Unidos y Alemania en diversos ámbitos de la política, en cooperación internacional, investigación, advocacy, comunicación y periodismo, con especial atención a los derechos humanos, la justicia, la migración, memoria histórica y políticas de la memoria.

«Una visión intensamente personal y un proceso de escritura en el que se deja la piel, hacen de este libro una lectura extraordinaria»
Laura Restrepo

www.planetadelibros.com.co

ISBN-13: 9786287577060

ISBN-10: 628-7577-06-1

9 786287 577060

eBook DISPONIBLE

40 AÑOS DEL HOLOCAUSTO: Memorias y recuerdos del Palacio de Justicia

35 guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia y cientos de soldados llegaron en busca de una retoma. No hay certeza del número total de víctimas, más de 100 personas murieron y actualmente, el número de desaparecidos varía. Entre los sobrevivientes, testigos y familiares, 40 años después del holocausto, aún se buscan respuestas, cuerpos, justicia y resignificación de la memoria. Andrés López, soldado de la Guardia Presidencial en 1985 y hoy profesor de comunicación social, relató lo que vivió en este hito histórico, consciente de que su lugar no es el de una víctima.

► Foto tomada de entrevista a Andrés López.

■ ■ ■

Edición No.75

Alexandra Lozano Garzón | 8.º semestre

Desde la azotea del Congreso

Andrés López Giraldo hacía parte del segundo pelotón de las cuatro compañías militares de la Guardia Presidencial en noviembre de 1985. Tenía 18 años, y había sido escogido como apto por sorteo para prestar su servicio militar obligatorio. Durante tres meses estuvo en la Escuela de Artillería en la localidad de Tunjuelito en Bogotá, su tiempo de preparación.

Posteriormente fue trasladado al batallón Guardia Presidencial, donde fue testigo de varias situaciones ocurridas durante el holocausto del Palacio de Justicia. Esa mañana del 6 de noviembre, Andrés y alrededor de 20 soldados más patrullaban la Plaza de Bolívar cuando escucharon los disparos. Rápidamente su jefe los guio hasta el Congreso de la República, desde donde continuaron su tarea de vigilar y estar atentos a cualquier novedad.

Andrés y sus compañeros estaban armados, pero también asustados, pues desconocían lo que estaba pasando. Momentos después les explicaron que el M-19 había asaltado el Palacio de Justicia. Desde la azotea del Congreso, el segundo pelotón de la Guardia Presidencial observaba que el cielo se oscurecía, en anuncio de la noche, mientras que en plena Plaza de Bolívar se veía el fuego de los disparos y las explosiones.

En la noche, los soldados del segundo pelotón, aún con miedo, salieron a patrullar las calles cercanas a la Plaza de Bolívar, y bloquearon las vías para evitar que la ciudadanía ingresara a la zona y corriera peligro. Andrés, angustiado, entró a una oficina y llamó a su mamá, le avisó que estaba bien.

Hasta el anochecer se escucharon disparos, no de manera recurrente sino por ráfagas intermitentes. Alrededor de las 10 de la noche Andrés y sus compañeros del segundo pelotón se dirigieron al Batallón de la Guardia Presidencial: bajaron con precaución hasta la Avenida Caracas con Calle 100 donde ingresaron a una construcción vieja y extraña, que había sido un anfiteatro para estudiantes de medicina.

Andrés recuerda que llegaron hambreados, cansados y preocupados por sus compañeros que tuvieron que enfrentarse al grupo subversivo. Después de descansar y alimentarse, al día siguiente, el segundo pelotón salió temprano a la zona del holocausto, se ubicaron media cuadra abajo del Palacio de Justicia, por la calle donde sacaban los cadáveres.

Desde esa ubicación, Andrés vio varios cadáveres que salieron del edificio. El joven de 18 años sentía temor e impresión, pues no le gustaba ver sangre y estar en

esa situación le causaba pánico.

De lo poco que alcanzaban a escuchar en la radio o la televisión, los soldados interpretaban que la fuerza pública estaba neutralizando a la guerrilla del M-19. El 7 de noviembre, a eso de las 3 de la tarde finalizaba la toma y retoma del Palacio que iniciara el día anterior alrededor de las 11:30 de la mañana.

Han pasado 40 años desde la masacre del Palacio de Justicia, Andrés López Giraldo es comunicador social y profesor de la Universidad Javeriana, de la que es egresado. Ha tenido cargos como director de la emisora Colorín ColorRadio en Caracol Radio, así como profesor en la Universidad Los Libertadores.

El holocausto del Palacio

El miércoles 6 de noviembre de 1985, 35 guerrilleros del Movimiento 19 de Abril (M-19), se tomaron el Palacio de Justicia, ubicado en la Plaza de Bolívar en el centro de Bogotá. Este asalto se ideó como una reacción a los incumplimientos de paz pactados el año anterior con el gobierno del presidente Belisario Betancur, al que los rebeldes querían someter a un juicio político.

Un primer grupo de guerrilleros ingresó por el sótano del Palacio y dispararon contra dos guardas de seguridad, causando sus muertes. Posteriormente, los demás integrantes del M-19 entraron al edificio. En total había 25 hombres y 10 mujeres.

Cerca de 300 personas fueron tomadas como rehenes, entre ellos magistrados de la Corte Suprema, juristas, empleados y visitantes. De inmediato, el Ejército Nacional se desplegó por los alrededores del Palacio para su retoma.

Durante la retoma del Palacio de Justicia se usaron tanques, artillería pesada, helicópteros y explosivos. Los rehenes quedaron atrapados en medio del fuego cruzado, las llamas y el humo.

La toma y retoma duró 28 horas, y después de 40 años aún no hay certeza del número de víctimas. Más de 100 personas

perdieron la vida y al menos 9 continúan desaparecidas. En 2014 la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) condenó al Estado colombiano por su responsabilidad en graves violaciones de derechos fundamentales, además de la reacción desproporcionada de la fuerza pública y la falta de medidas de protección para quienes se encontraban dentro del Palacio, tras conocer con antelación el ataque del M-19.

La CIDH también reconoció la desaparición forzada de Irma Franco, integrante del M-19; Cristina del Pilar Guarín Cortés, Carlos Augusto Rodríguez Vera, Héctor Jaime Beltrán Fuentes, Gloria Stella Figueroa Lizarazo, Luz Mary Portela León, Bernardo Beltrán Hernández y David Suspes Celis, trabajadores de la cafetería; Lucy Amparo Oviedo Bonilla, Norma Constanza Esguerra Forero y Gloria Isabel Anzola de Lanao, visitantes del Palacio. Además, constató las torturas a las que estuvieron sometidos Yolanda Santodomingo Albericci, Eduardo Matson Ospino, Orlando Quijano y José Vicente Rubiano Galvis.


El tribunal internacional también culpó al Estado por no investigar de manera apropiada el paradero de Rosa Castiblanco Torres y por vulnerar su derecho a la vida. Asimismo, así como la desaparición forzada, tortura y ejecución extrajudicial del magistrado auxiliar Carlos Horacio Urán.

Errores, testimonios, pruebas y responsabilidades

Ángela María Buitrago, exministra de Justicia y exfiscal delegada Cuarta ante la Corte Suprema de Justicia entre 2005 y 2010, encargada de investigar los crímenes ocurridos en la toma y retoma del Palacio, habló con Cecilia Orozco Tascón para la Revista Raya, donde explicó algunas irregularidades que hubo durante este suceso:

Buitrago cuestionó el levantamiento de la Guardia del Palacio el 5 de noviembre, que dejó expuestos y vulnerables a quienes se encontraban allí, aún con conocimiento previo del asalto por parte del M-19.

Continúa en la página siguiente... ▼



Carlos Horacio Hurán es recluso, después de que hacen el levantamiento del cuerpo, en un cuarto que se llama el cuarto de los guerrilleros, en medicina legal.

Angela María Buitrago entrevistada por Cecilia Orozco Tascón para la revista Raya

“Se conocieron documentos de cómo se había creado, conocido y advertido desde octubre la posible toma del Palacio de Justicia, a través de radiogramas, de detenciones a guerrilleros con los mapas del Palacio y la forma que estaban enterados de lo que debía evitarse”, señaló la exfiscal.

Asimismo, la exministra de Justicia manifestó que se conoció que el incendio en la biblioteca habría sido provocado por el error de un soldado, que debía disparar un rocket percutor, pero en su lugar, lanzó un rocket incendiario.

“Los incendios fueron provocados por un error humano de un miembro de la fuerza pública”, agregó Buitrago.

Las fallas de la fuerza pública no solo fueron dadas a conocer por Buitrago, también por testigos y víctimas del holocausto. En el documental de RTVC 28 horas bajo fuego, el escritor y periodista Ramón Jimeno, y el economista y exsenador Alfredo Rangel, señalaron la participación de militares sin experiencia, evidente en la maniobra de descenso del helicóptero sobre el edificio, donde varios uniformados resultaron heridos, además del desorden, la improvisación y el caos que hubo, y

“la prueba de esto es que muchos magistrados terminaron asesinados con balas del Ejército”, aseguró el exfiscal General de la Nación, Alfonso Gómez Méndez.

Angela María Buitrago aseveró que en una inspección judicial encontró documentos originales en archivos del Ejército donde se demuestra que: “hubo muchas personas trasladadas como rehenes de la toma del Palacio de Justicia a unidades militares, hechos que nunca fueron admitidos por las fuerzas de seguridad y las autoridades”, hechos relatados por civiles torturados que sobrevivieron.

El profesor Andrés López, considera que la actuación de la Fuerza Pública se realizó de acuerdo con las órdenes del presidente de la época, Belisario Betancur, pues en ese

momento “el Ejército era respetuoso del Poder Ejecutivo”. No obstante, precisó los errores en los procedimientos, las fallas de comunicación y la falta de preparación de los militares.

López también recalcó la presunción de inocencia del Ejército Nacional, y asegura: “no querían hacerle daño a nadie”, pues estaban acatando instrucciones. Esta última idea también la comparte el coronel Alfonso Plazas Vega en una entrevista para Caracol Televisión en la que aseguró que las Fuerzas Militares solo cumplieron órdenes del Gobierno, puesto que los soldados “no tenían por qué negociar”.

La entonces ministra de Comunicaciones, Noemí Sanín, declaró que varios funcionarios del Gobierno no tuvieron conocimiento total de las acciones del Ejército y que incluso hubo desacuerdos, como el incumplimiento de los 20 minutos concedidos al grupo subversivo para reflexionar sobre su rendición.

La actuación de la Fuerza Pública sigue siendo un hecho reprochable, y cuatro décadas después aún no se ha esclarecido por completo cómo operó el Ejército durante esos días.

“Recuerdo que la gente nos gritaba: ‘asesinos, hijueputas asesinos’ (...) decían que el Ejército también les había disparado a víctimas inocentes, a gente que había dentro del Palacio de Justicia. Fue una locura total, no estuve ahí, pero viví todo muy de cerca, escuché y sentí, me angustié. Fue una cosa difícil que no me gustaría repetir la”, relata el profesor López.

La responsabilidad no se limita a la Fuerza Pública, también hay testimonios que cuestionan las intenciones y decisiones del M-19. El objetivo principal de la guerrilla era realizar un acto simbólico sin interés de hacerle daño a los ciudadanos. Querían una operación similar a la toma de la embajada de República Dominicana en 1980, en la que no hubo ningún civil muerto y en cambio se pactaron acuerdos. Pese a ello, lo primero que hizo el grupo subversivo al ingresar al Palacio fue disparar contra dos

guardas, recordó Noemí Sanín.

El profesor López insiste en que “no se puede exigir paz con un arma en la mano”, refiriéndose al accionar del grupo guerrillero. En cuanto a Clara Elena Enciso, única integrante del M-19 que sobrevivió a la toma y retoma del Palacio, señaló en su informe que el asalto había sido planteado como una operación en la que “los civiles no tenían calidad de rehenes y que, una vez superado el momento del asalto, debían ser tratados con toda consideración y respeto”.

En “28 horas bajo fuego”, el exfiscal general de la Nación, Alfonso Gómez, sostuvo que el M-19 es el primer responsable de la toma y retoma del Palacio de Justicia porque cometieron un “acto terrorista”, pero más allá de eso, “fue una solemne estupidez”. Cualquiera que hayan sido las intenciones de los guerrilleros, no se les puede exonerar de su responsabilidad; exigieron un juicio político mientras los funcionarios encargados de impartir justicia se convirtieron en víctimas atrapadas en medio del fuego cruzado.

Por cuenta de los procesos penales contra los guerrilleros del M-19 por la planeación y participación en la toma del Palacio de Justicia, fueron condenados varios integrantes del grupo subversivo, entre ellos Gustavo Petro y Otty Patiño. Angela María Buitrago explicó que dichas condenas fueron amnistiadas, por lo que los casos quedaron cerrados.

En el largo enfrascamiento sobre quién tuvo la culpa, los colombianos también le reclaman al Gobierno. Belisario Betancur y su gabinete no implementaron las medidas suficientes para proteger a los civiles y nunca hubo respuesta a la petición desesperada del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Alfonso Reyes Echandía: “Por favor, que nos ayuden, que cese el fuego. La situación es dramática”.

Cada vez que el profesor López escucha el audio de Reyes Echandía, evoca la angustia que debió vivir en esos momentos el presidente de la Corte y no puede evitar conmovirse. Aunque López fue testigo del holocausto del Palacio, no fue una víctima, es consciente de su fortuna. Recordar lo ocurrido en noviembre del 85 le genera tristeza, piensa en quienes murieron en medio del fuego cruzado, en quienes perdieron a sus seres queridos y en las familias que, 40 años después, siguen buscando a los desaparecidos sin respuestas.

“Esto es una cosa loca. Cada vez que oigo ese audio me dan ganas de llorar del desespero. En realidad, fue muy estresante”, recuerda el profesor.

Andrés López es uno de los ciudadanos que reprocha la actuación de Belisario Betancur. Asegura que el exmandatario era quien daba la última palabra. Sin embargo, en 2018 el expresidente murió sin que se le interrogara o se le sometiera a un juicio por lo ocurrido en el Palacio.



Noemí Sanín entrevistada por Helena Urán en la revista Cambio

Elvira Sánchez-Blake, periodista de la Casa de Nariño en 1985, contó en Noticias RCN que el 7 de noviembre, al terminar los enfrentamientos, Betancur no sabía que había culminado un holocausto, y desconocía la muerte de Alfonso Reyes Echandía. Sin embargo, esa misma noche en una alocución, el presidente se hizo responsable de lo ocurrido en el Palacio.

A Belisario Betancur se le consideraba un pacifista y no un guerrerista, por lo que surgieron dudas de un posible golpe de Estado. El analista en geopolítica, Luis Alberto Villamarín explicó que lo ocurrido en la toma y retoma del Palacio fue la “ocupación de un vacío de autoridad que dejó el presidente”.

En la Comisión de la Verdad, los militares negaron la teoría del golpe de Estado. Después de cuatro décadas del holocausto, alrededor de nueve integrantes del Ejército han sido condenados, pero no todos están en prisión. Hay órdenes de captura pendientes, algunos tienen libertad temporal e incluso hay prófugos de la justicia, como el coronel Edilberto Sánchez Rubiano.

En 2015, un año después de que la CIDH condenara al Estado colombiano por su papel en la toma y retoma del Palacio de Justicia, el entonces presidente, Juan Manuel Santos, durante un acto conmemorativo por el trigésimo aniversario del holocausto, asumió esa responsabilidad y pidió perdón. El exmandatario aseguró que su gesto era de “corazón” y no solo por el cumplimiento de una orden judicial.

● ● Víctimas en búsqueda de la verdad

La desorganización no solo sucedió en los procedimientos del Ejército, la guerrilla y el Estado, también en Medicina Legal. Por esos días, Colombia enfrentaba la tragedia del Palacio de Justicia y la avalancha de Armero que dejó miles de muertos. Muchos de esos cuerpos fueron trasladados a la morgue de Bogotá, junto con personas fallecidas por otras causas.

En ese caos varias familias acudieron a reconocer a sus seres queridos, pero el trabajo forense fue deficiente, los métodos de identificación eran limitados en comparación con los actuales, y tampoco hubo un esfuerzo riguroso por establecer la identidad de los fallecidos. Los familiares debían basarse en rasgos físicos, documentos u objetos que, presuntamente, habían sido hallados junto a los cuerpos.

● ● En un cuerpo que no es suyo: Caso de Julio César Andrade y Héctor Jaime Beltrán

El episodio de La noche más larga del podcast Radio Ambulante, es de los relatos



► Pilar Navarrete, esposa de Héctor Beltrán y Gabriel Andrade, hijo de Julio César Andrade.

más ilustrativos de lo ocurrido tras el holocausto del Palacio de Justicia. Este producto evidencia la negligencia de Medicina Legal y de la fuerza pública, las dudas que aún persisten y, sobre todo, el profundo dolor de las familias que siguen buscando respuestas sobre sus seres queridos. Esta es la historia:

Los Andrade creyeron que habían enterado los restos del magistrado Julio César Andrade, reconocido por su hijo mayor, Gabriel, cuando tenía 17 años. Tiempo después, la hija menor del miembro de la Corte, Diana, investigó de manera exhaustiva lo ocurrido. Descubrió que a varias familias les entregaron cuerpos que no eran de sus seres queridos y detectó numerosas inconsistencias, que despertó dudas sobre la verdadera identidad del cadáver de su padre.

Diana, tras sus dudas, convenció a su hermano Gabriel y a su familia de exhumar los restos de su padre. Llevaron a cabo el proceso para identificar el cuerpo al que habían honrado durante 30 años.

Mientras tanto, la familia de Héctor Jaime Beltrán (Jimmy), mesero de la cafetería del Palacio, seguía buscando a su ser querido tres décadas después de la toma y retoma. Para Pilar Navarrete, esposa de Jimmy, no fue tan eficaz ver el cuerpo de su pareja en la morgue como lo fue para los parientes del magistrado Andrade, y en lo que alcanzó a evidenciar, nunca vio el cadáver de su amado.

Casi un año después de la exhumación del supuesto cadáver de Julio César, la Fiscalía se contactó con los Andrade para citarlos a conocer la verdad sobre el cuerpo enterrado en Barranquilla en noviembre del 85. Las dudas y el presentimiento de Diana eran ciertos, los restos que cuidaron durante tanto tiempo no eran los de su padre.

Al día siguiente, la Fiscalía citó a Pilar y a su familia para informales algo importante: se había encontrado el cuerpo de Jimmy. La viuda vio los restos y preguntó si el difunto tenía una muela dañada, en efecto así era. “Lo vi riéndose, no tenía duda de nada, era él”, relató Pilar.

Los forenses le explicaron a Pilar que no podían conocer con certeza los motivos de la muerte de Jimmy, debido a las condiciones del cadáver. Pero la mujer tenía otra inquietud: ¿dónde había estado el cuerpo de su esposo durante todos esos años?

Ambas familias, con ganas de conocerse, fueron citadas una vez más por la

Fiscalía. Allí, se reconocieron, los dos hogares se habían visto antes, cuando se integraron a Fasol, una organización de jueces alemanes dedicada a ayudar familias víctimas de la rama judicial colombiana.

En medio del llanto por el mar de emociones que los inundaba, las víctimas se abrazaron y compartieron el alivio, si se pudiese decir así, que sentían Pilar y su hogar por encontrar a Jimmy después de 31 años.

Diana Andrade le aseguró a Pilar Navarrete, que, durante esos años, el cuerpo de Jimmy recibió “todo el amor que un muerto pudo tener”. “Tu esposo no estuvo en una fosa común, estuvo amado, estuvo con flores, siempre estuvo alguien ahí, cuidándolo”, manifestó la hija del magistrado.

En medio de la tranquilidad de la familia de Jimmy por saber que ya tenían un cuerpo para despedir y honrar, transitaba la preocupación y el sosiego de ahora en: adelante los Andrade por buscar a Julio César, que presuntamente pudo haber salido con vida del Palacio.

● ● “Fue un dolor relevado. Imaginarme los 30 años de Pilar buscando a su marido y ahora nosotros recién comenzábamos” expresó Gabriel Andrade.

● ● Él salió con vida del Palacio: Caso Carlos Horacio Urán

En el caso del magistrado auxiliar, Carlos Horacio Urán, hay videos, documentos y una condena al Estado colombiano de la CIDH que evidencian que el funcionario salió con vida del Palacio de Justicia, pero su familia encontró su cuerpo en Medicina Legal.

La exfiscal Angela María Buitrago, en el marco de sus investigaciones, encontró la billetera de Urán con sus documentos y algunos objetos personales en el B2, una unidad militar. Sus pesquisas dieron con unos archivos del Ejército, los cuales indican que el magistrado fue recluido en el llamado Cuarto de los guerrilleros, en Medicina Legal, donde también se encontraban otras personas, incluido el integrante del M-19, Andrés Armarales. En total, 16 cuerpos terminaron allí, varios de los cuales fueron enviados a fosas comunes.

Buitrago también aseguró que varios periodistas que en su momento cubrieron la toma y retoma del Palacio, como Germán Castro Caicedo, amigo de Carlos Horacio Urán, afirmaron que vieron salir al magistrado con vida. Hay videos que lo muestran abandonando el edificio con una pierna herida, y se conoce que fue una de las 71 personas que estuvieron en el baño del Palacio hasta el 7 de noviembre, cuando finalizaron los enfrentamientos.

“Se sabe que el Estado torturó a mi papá, trató de desaparecerlo y lo asesinó”, aseveró Anahí Urán Bidegain, hija de Carlos Horacio Urán, en el documental Holocausto Palacio de Justicia” de RTVC.

Helena Urán Bidegain, hermana de Anahí e hija de Carlos Horacio, manifestó en una entrevista para BBC News que, en medio del caos, su duelo y su sufrimiento, contempla su suerte y la de su familia al haber podido enterrar a su padre y tener un cuerpo al que conmemorar.

Para Helena, más que dar vueltas sobre las investigaciones de los culpables del holocausto, que, si bien es importante para la justicia y la reparación, se convierte en una línea de nunca acabar que nubla la gran importancia de hablar del dolor, del proceso de duelo, de los sentimientos y las sensaciones de las víctimas, de expresar la impotencia de perder a un ser amado, pero sobre todo, de permitir recordar un hito histórico que mantiene viva la memoria y se convierte en un acto crucial para la reparación y las garantías de no repetición de los hechos, una idea que también comparte Alejandra Rodríguez Cabrera, hija de Carlos Augusto Rodríguez Cabrera, administrador de la cafetería del Palacio.



Fotografía: El Espectador

► Carlos Horacio Urán, magistrado auxiliar.

¿Qué pasó con Irma Franco?

al igual que el magistrado Urán, también salió con vida del Palacio de Justicia, pero la abismal diferencia es que nunca se supo qué ocurrió con ella, y actualmente su cuerpo está desaparecido.

Angela María Buitrago, señaló que, en la investigación realizada en el B2: “encontraron un listado de rehenes, y las cédulas de Yolanda Santodomingo y Eduardo Matson, dos estudiantes torturados, y un documento que se llamaba “La S””.

En la declaración de “La S” (sospechosa), se habla de una mujer abogada que contó muchas cosas del M-19. Buitrago manifestó que se trataría de Irma Franco, que fue trasladada desde el Palacio de Justicia a la Casa del Florero, bajo custodia del soldado Gustavo Figueroa, que declaró que lo hizo hasta las 7: 00 p.m. del 7 de noviembre. Ella pidió que llamara a su hermana para avisarle que estaba bien, y el hombre lo hizo. Sin embargo, Franco fue sacada esa misma noche en un jeep del Ejército, según



Fotografía: El Espectador

los vigilantes y el administrador del Museo Internacional.

Después de encontrar ese documento de “La S”, Buitrago y su equipo de trabajo ataron esa información con las grabaciones que tenían los militares, donde el coronel Luis Carlos Sadovnik y el jefe de inteligencia, Edilberto Sánchez Rubiano

“cuentan que encontraron a una mujer que era abogada (Irma Franco era abogada) y pidieron que, si aparecía el chaleco, no apareciera la manga”. Lo que significa una “orden dura y fuerte de desaparición”, explicó la exfiscal.

Tras conocer esta orden, los investigadores se dieron cuenta que “la declaración de Irma Franco pudo ser obtenida bajo procedimientos no ortodoxos”, es decir, la información que contó sobre el M-19 pudo haber sido conseguida bajo métodos no legales que violan los derechos humanos como tortura, interrogatorio ilegal, entre otros.

Así como el caso de Irma Franco, aún quedan varios pendientes, incluyendo el del magistrado Julio César Andrade, que actualmente hace parte de la lista de desaparecidos. Algunas de las personas halladas después del reconocimiento de desaparición forzada por parte de la CIDH, han sido: Cristina del Pilar Guarín, Luz Mary Portela y Lucy Amparo Oviedo Bonilla.

Aunque los hallazgos de los cuerpos desaparecidos pueden ser motivo de tranquilidad para las familias que llevan años buscándolos, estos casos son sinónimo de angustia para otros hogares que brindaron sepultura a unos restos que no eran los de su ser querido, por lo que ahora no solo se enfrentan al choque emocional de dos pérdidas por un mismo hecho: la toma y retoma del Palacio, sino que deben iniciar una ardua investigación por conocer el paradero de sus familiares. Es la historia de la familia de María Isabel Ferrer de Velásquez, una visitante ocasional del Palacio de Justicia que ahora se encuentra desaparecida porque los restos que se encontraban en su tumba le pertenecen a Cristina Guarín.

Quedan muchos testimonios de víctimas

por conocer, a quienes seguramente les impactó el holocausto del Palacio, ya por haber sobrevivido, porque se vieron obligados a seguir su vida sin la presencia de su ser amado o porque simplemente quieren conocer la verdad, verdad que les pertenece y verdades que se deben contar desde los colegios.

Es necesario mantener viva la historia de un país que ha derramado lágrimas de sangre, debido a la violencia, el abuso de poder, la indiferencia y la incomprensión por la diversidad de opiniones.

Que Colombia se esfuerce por comprender, dignificar y mantener vivo lo que ocurrió en noviembre de 1985 en el Palacio de Justicia. Por más triste que sea, le abre paso a la construcción de la verdad, a honrar y reparar los afectados, y a evitar que la historia se repita,

● ●
pues como dijo el profesor Andrés López: “todo lo que se haga por la fuerza, no es bueno”.



Fotografía: Archivo particular

► Irma Franco Pineda, miembro del M-19, desapareció durante la toma y retoma del Palacio de Justicia.

Armero:

40 años de una tragedia que enlutó a Colombia

El 13 de noviembre se cumplieron 40 años de la erupción del volcán Nevado del Ruiz que desapareció la población de Armero de Guayabal. Datéate hace un recorrido por los medios de comunicación que, en su momento, informaron al país de la trágica noticia.

Laura Fernanda García y Vanessa Marín Álzate | Publicado originalmente el 21 mayo, 2020



Fotografía: El Tiempo

El miércoles 13 de noviembre de 1985 transcurría con total normalidad, gran parte del país se interesaba en el desenlace de un partido entre Millonarios y Cali, hasta las 11:30 p.m. cuando el volcán Nevado del Ruiz hizo erupción y sepultó la población de Armero, desapareciendo el 85% de este territorio. Tras 69 años de inactividad, la erupción tomó por sorpresa a toda la población del departamento de Caldas y Tolima, cuando en la ciudad de Manizales y municipios aledaños la ceniza caía del cielo como si las nubes se estuviesen sacudiendo y arrojaran a la tierra lo que había dentro de ellas, menciona Manuel Tiberio, habitante de la capital caldense. Para la población de Armero no fue así de cómodo y quizá placentero, puesto que los habitantes de este municipio presenciaron la caída de 320 metros cúbicos de lodo y piedras que arrasaron con el pueblo Armero de Guayabal.

Las cifras que dejó a su paso son pruebas de la magnitud del desastre natural más catastrófico para Colombia, pues una avalancha de lodo eliminó a Armero del mapa, acabando con la vida de más de 23 mil personas y 6 mil damnificados que presenciaron cómo el lodo iba arrasando y acabando con todo lo que había a su paso: casas, hospitales, negocios, iglesias y, en el peor de los casos, personas que a los pocos minutos se convertían en cadáveres.

La incertidumbre, ansiedad y desespero se apoderaban de los que vivían en zonas altas y pudieron escapar a sitios más seguros pasando una noche de terror y agonía al ver cómo desaparecían sus familiares para después tener que esperar horas eternas sin saber si estaban vivos, muertos o atrapados entre los escombros que dejó la catástrofe.

En los días posteriores a la tragedia las portadas de los periódicos, no solo colombianos sino de todo el mundo, informaban sobre la mayor catástrofe en la historia de Colombia:

► Periódico

EL TIEMPO



El periódico El Tiempo hizo un extenso cubrimiento con una edición extra publicada el 14 de noviembre donde narraba todo lo ocurrido, cada página encabezaba con títulos como “¡Catástrofe!, ¡Sepultado Armero!, ¡En Armero nadie duerme!” y demás titulares.

► Periódico

THE TIMES



The Times, en su edición del 15 de noviembre, decía: “Volcán destruye cuatro pueblos”.

► Periódico

EL ESPECTADOR



El periódico El Espectador el día 14 de noviembre publicó en su portada un titular que decía “Estragos por erupción del Ruiz” e iniciaba con la cifra de 3 muertos, numerosos heridos, miles de damnificados y cuantiosas pérdidas.

► Periódico

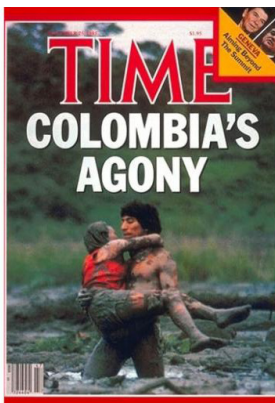
EL PAÍS



En la portada del periódico El País de España, se leía “Más de 20.000 muertos en Colombia por la erupción de un volcán en la mayor catástrofe de su historia”.

► Revista

TIME



La revista TIME le dedicó su portada el 25 de noviembre de 1985 titulando: “La agonía de Colombia” con una imagen desconcertante, en donde se refleja perfectamente la cara de la tragedia, quizá la cara que aún tienen después de 40 años los sobrevivientes de la desgracia que enlutó a miles de familias.

▲
Para las fechas de publicación de dichos medios escritos, aún no se tenía con exactitud la cantidad de muertos que había dejado el desastre natural.

Al occidente del departamento de Cundinamarca está ubicado Cambao, una inspección del municipio de San Juan de Rio Seco, el cual obliga a los viajeros que se dirigen desde Bogotá hacia el norte del Tolima y a Manizales a pasar por esta vía, que también conduce hacia Honda, Armero de Guayabal, Girardot y Bogotá, se encuentra ubicado a unos 15 minutos del lugar donde sucedió la catástrofe, es una carretera con una recta que parece interminable, donde los árboles son testigos de los pocos carros que transitan ese camino y que cubren a los turistas del intenso sol.

Al llegar al final del largo recorrido hay unos pocos quioscos de comida para los viajeros que transitan por allí, pero son muy pocas las personas que se detienen, pues la gran mayoría pasan de largo y se estacionan en el siguiente pueblo que es Armero.

Entre los pocos quioscos que se hallan en aquel lugar, hay uno en especial, el cual es escasamente visible ya que está escondido entre la maleza y gigantescos árboles, con una estantería prácticamente vacía y un horno que, en su interior guarda empanadas, pasteles y huevos cocinados que parecen ser de varios días, su dueño es Luis, un hombre de unos 70 años que vivió en carne propia el dolor de perder a su esposa y a sus 4 hijos en la tragedia de Armero.

En 1985 tenía 35 años y mantenía un hogar con su cónyuge Yamile y sus hijos, el 13 de noviembre salió de su casa para Herveo, Tolima, a hacer un negocio de unas cosechas de algodón y regresaba el mismo día al atardecer, pero por complicaciones con el transporte pasó la noche en aquel municipio sin saber lo que sucedería en Armero. Al despertarse en la mañana del día siguiente y salir a conseguir transporte para volver a su pueblo en donde lo esperaba su familia, se encontró con la noticia de que no salían buses para aquel lugar por la tragedia que había sucedido, se acercó a una multitud de gente que veía las noticas afuera de un restaurante y le preguntó a un hombre que lloraba desconsoladamente.

●● – “¡Hermano!, ¿qué fue lo que pasó?” dijo Luis sin entender qué sucedía.

– “¡Armero se desapareció!” le dijo aquel hombre entre sollozos.

Como le fue posible salió de Herveo para Armero en un carro particular que lo acercó lo que más pudo, en el carro los pasajeros solo hablaban de los muertos, de las casas que se derrumbaron y de la cantidad de desaparecidos que había. En un desespero casi interminable pudo llegar, la escena con la que se encontró fue devastadora, el

pueblo que lo había visto crecer ya no existía, solo había un camino de muertos, unos encima de otros, lo mismo sucedía con los heridos; el hospital que tenía 5 pisos quedó enterrado y solo se veía el último piso, la iglesia ya no estaba, solo se podía observar la cúpula en medio de escombros y de lodo; su casa quedaba a unos 2 kilómetros de donde lo pudo dejar el carro, corrió entre personas enterradas vivas que no habían sido auxiliadas y entre el llanto y los gritos de las víctimas llegó a su casa que ya no existía.

Se encontró con su vivienda destruida, podía ver restos de lo que con mucho esfuerzo había conseguido con su esposa, lograba ver pedazos de lo que era su cama, partes de la sala y una que otra prenda envuelta en lodo.

- “El desespero de no saber dónde estaba mi familia, si estaban vivos o muertos, o de pronto se habían resguardado en algún lugar no me dejaba avanzar a buscarlos” dice Luis mientras se seca las lágrimas con una servilleta.

Después de varias horas, recorriendo lugares, dirigiéndose a las carpas que habían instalado para resguardar tanto a los sobrevivientes como a los cadáveres, encontró a su esposa, y dos carpas más al norte encontró a sus cuatro hijos, desnudos, envueltos en barro y con bastantes heridas en sus rostros y cuerpos.

- “Yo morí ese día, a mí me enterraron con ellos”, replica Luis con voz de aceptación.

35 años después del mayor desastre natural, Luis decidió no irse muy lejos de donde tiene aún latentes los recuerdos de su familia, reconoce que fue un privilegiado del gobierno, ya que le brindaron la oportunidad de trasladarse a Bogotá en donde le darían ayuda humanitaria, pero decidió no tomar ese riesgo, era consciente de la cantidad de personas que habían quedado en las misma condición de él y que de esa oportunidad no todos saldrían beneficiados, y no se equivocó, van más de 3 décadas y los sobrevivientes siguen esperando

a que el Estado cumpla con los compromisos expresados en Ley 1632 de 2013 o la denominada ‘Ley de Armero’.

Hoy en día la memoria de Armero palpita en los corazones de los colombianos que desconcertados recuerdan una tragedia anunciada y que pudo evitar la muerte de más de 23 mil personas, ya que un grupo de expertos en vulcanología, luego de varios análisis, anunciaron que podría ocurrir un deshielo, pero nadie hizo caso y no se adoptaron las medidas correspondientes.

Aun meses antes de la catástrofe, el tema se debatió en el Congreso de la República con estudios que afirmaban que el pueblo podría desaparecer, sin embargo, ninguna autoridad dio la orden de desalojar. Leopoldo Guevara llevaba un año en la Defensa Civil cuando debió enfrentarse al mayor rescate que iba a tener a lo largo de su profesión. A bordo de su avioneta fue el primero en sobrevolar la zona de la tragedia, a los pocos minutos, llamaron al presidente de esa época, Belisario Betancur, quien no creyó lo que estaba pasando en ese momento, horas más tarde todo el mundo conoció el infierno que estaba viviendo Armero. El volcán Nevado del Ruiz que llevaba meses arrojando cenizas, expulsó gases materiales que produjeron una avalancha de agua, piedras, escombros y lodo que bajó a unos 60 kilómetros por hora por el cauce del río Lagunilla y que a las 11:30 p.m. sepultó a Armero, el pueblo más próspero del Tolima.

Han pasado 35 años desde aquel fatídico día, y aún hay almas en pena, pero en vida, rondando por pueblos aledaños de Armero, llorando todavía a sus muertos a quienes no tuvieron ni siquiera la oportunidad de despedirlos, fue una catástrofe anunciada, pero que llegó silenciosa un 13 de noviembre a las 11:30 p.m. Las heridas de la mayor tragedia natural de Colombia aún siguen abiertas.

***PUBLICADO ORIGINALMENTE EL 21 MAYO, 2020.**



Fotografía: Semana.com



Fotografía: Archivo particular

El último adiós de un 6 de noviembre

■ ¿Parásitos...? ¿Gusanos? Espere: M-19.

Daniel Pérez Domínguez | 4.º semestre

El 15 de enero de 1974, durante tres días, los principales periódicos de Colombia se inundarían de una extraña publicidad que anunciaba un suceso misterioso en el país. Muchos pensaban que era el anuncio del surgimiento de una empresa farmacéutica. Sin embargo, lo que la gente no sabía era que se trataba del surgimiento de un grupo guerrillero caracterizado por dar golpes mediáticos, por ejemplo, el robo de la espada de Bolívar. Tres días después de hacer los misteriosos anuncios publicitarios. En la Nochevieja de 1978 lograrían robar las armas de Cantón Norte. Ya en la década de los 80, perpetuarían la toma de la embajada de República Dominicana y del Palacio de Justicia en la ciudad de Bogotá.

Miércoles 6 de noviembre de 1985. Son las 11 en punto de la mañana, el día transcurre normal en la capital de Colombia y, como es de costumbre, Óscar Pérez debe hacer los pagos de la empresa de Energía de Bogotá. Así que mientras hace las extenuantes filas del Banco de República ubicado sobre la carrera séptima, decide sacar del bolsillo interior de su chaqueta de lino unos cheques para las respectivas consignaciones. Mientras va llenando la información requerida, se hacen las 11:30 de la mañana y los primeros estruendos en la Plaza de Bolívar se harían sentir en el centro de Bogotá.

Tres camiones de varillas partieron desde el barrio Calvo Sur, localidad de San Cristóbal, con destino al centro de Bogotá. Mientras tanto, en la Plaza de Bolívar, 7 civiles (uno se destacaba por un peinado afro y su bigote que cumplía con los estándares de moda) merodeaban la zona esperando

una señal para actuar. Siendo las 11:30, en el sótano del Palacio de Justicia, dos vigilantes, acompañados de un policía, observaron cómo los camiones envistieron el recinto, iniciando una batalla campal en el parqueadero y, con la aprobación del comandante Álvaro Fayad, se iniciaría la operación Antonio Nariño, más conocida como la toma del Palacio de Justicia por el M-19.

Minutos después de haber iniciado la toma, 2 unidades de 4 tanques AMX-30 de la caballería del Ejército Nacional de Colombia llegarían a la Plaza de Bolívar con el único objetivo de aislar cualquier ayuda al comando encargado de la retoma. Sin embargo, los soldados recibirían una contraorden en la que se les indica que deben romper el factor sorpresa. Mientras tanto, el Banco de la República cierra sus instalaciones y Óscar decide llegar a la calle 11, de donde observaría detalladamente lo que sucedía sin exponer su vida. Es la 1:30 de la tarde, han transcurrido dos horas después del sorpresivo ataque, el escuadrón a cargo del coronel Luis Alfonso Plazas Vega recibe la señal de entrar al edificio; los tanques se posicionan al frente del recinto y, de un cañonazo que haría temblar el piso, las 3 toneladas de bronce y cristal de 18 metros de altura que formaban el pórtico del Palacio de Justicia se doblegarían ante el impacto. Ante la caída, los carros de combate entrarían al primer piso acompañados de soldados que estaban en la parte trasera y se ubicarían estratégicamente para recuperar el control.

En el barrio Nicolás de Federmán, cerca del estadio Nemesio Camacho El Campín, en el hogar de la familia Pérez-Guzmán está Martha Guzmán, esposa de Óscar y ama de casa. Como era de rutina, la mujer se levantaría a las 9:00 a.m. y sintonizaría Caracol Estéreo para escuchar las noticias

más trascendentales del país mientras hacía las labores del hogar. Se iba acercando el mediodía cuando la emisión sería interrumpida por un boletín de última hora informando sobre lo sucedido en el centro de la capital. Martha, al oír esto, recordó que su esposo estaba cerca y se preocupó por su estado. — ¡Padre santo, cuida a mi marido de todo lo malo! —dijo angustiada y con un nudo en la garganta. Se bañó rápidamente y se arregló por si debía salir de urgencia, pero por el caos que había en la ciudad, decidió esperar a ver qué sucedía, puesto que no se podía comunicar con Óscar.

El Palacio de Justicia tenía una estructura de 4 pisos de oficinas alrededor de un patio central con un área aproximada de 3.200 metros cuadrados. Siendo las 4 de la tarde y después de varios enfrentamientos entre el M-19 y el ejército, el comando guerrillero liderado por Alfonso Jacquin decide replegarse hacia el cuarto piso para refugiarse, con más de 300 rehenes, en la oficina de la Corte Suprema de Justicia. Entre ellos estaría el presidente de la corte, Alfonso Reyes Echandía, que a través de llamadas con periodistas le pediría al presidente Belisario Betancur un acto de cese al fuego; sin embargo, el gobierno ignoraría los llamados de ayuda, cerrando las posibilidades de diálogo, ya que el ejército empezaría a controlar el segundo y tercer piso.

El ambiente cada vez se sentía más tenso debido a que no se veía una pronta solución, así que Óscar Pérez, viendo lo sucedido, decide darles la espalda a los tanques para buscar un teléfono y comunicarse con su esposa. Al encontrar uno, mete una moneda y marca; Martha contesta y al escuchar su voz se da cuenta de que es él:

Continúa en la página siguiente... ▼

●● —Mijo, por fin me puedo comunicar con usted, ¿cómo está? —preguntó ella, con una voz temblorosa.

—¡Hola, hija, estoy bien, no se preocupe, esto por acá está terrible! —respondió Óscar, pero la interferencia no dejaba entender.

●● —Mijo, ¿por qué no se sale de ahí y se devuelve para la casa? —insistiría Martha con la voz temblorosa y las lágrimas descendiendo por sus mejillas.

—Ya voy para allá, hija, no vaya a salir de la casa, por favor, la amo mucho. Adiós. —Estas serían las últimas palabras que Martha escucharía de su esposo.

Los segundos transcurren lentamente y la noche se acerca. De repente, un helicóptero de la Policía Nacional descendería y se haría al lado de un tanque para recoger al comando que iría a la azotea para desmantelar los planchones de concreto donde están refugiados los rehenes de la Corte. Las hélices se reactivaron y el ascenso del helicóptero era una realidad, pero los militares que ejecutarían esta operación no tenían la experiencia necesaria para realizar el descenso y en la caída, por el impacto, se fracturarían sus extremidades. Al momento de llegar a los planchones, pusieron dinamita abriendo boquetes para disparar y, bajo ese fuego cruzado, caía lentamente la Corte Suprema de Justicia y el Consejo de Estado. Óscar Pérez regresa a la calle 11 y ve cómo los primeros rehenes fueron liberados; entre ellos estaba el magistrado Reinaldo Arciniegas, quien sería liberado con el objetivo de servir como mensajero. Los rehenes fueron llevados a la casa del florero; se intuye que Pérez fue confundido como rehén y fue llevado para identificar y no ser confundido con un guerrillero encubierto.

Se cumplen 12 horas de la toma, la noche cae en la capital y Martha, en medio del desespero, decide prender la televisión, pero se da cuenta de que estaban transmitiendo un partido de fútbol entre Millonarios y Unión

Magdalena, en un Campín que se iba quedando solo mientras transcurrían los minutos. Debido a esto, su angustia por saber de su esposo incrementa, porque no puede hacer nada hasta que cese el fuego en un Palacio de Justicia que, a causa de una detonación, un increpante incendio empezó a comerse los pisos de los edificios hechos en madera, haciendo que los 8 militantes del M-19 se desplazaran con los 60 rehenes al fabricado baño de piedra de la Corte.

El reloj de cuerda marca las 3 de la mañana y Martha, impacientada, decide rezar por su esposo; desde esa llamada no sabe nada de él, pero un temblor en el piso haría tumbar los cuadros de la casa, incrementando las pulsaciones, y es que, en la Plaza de Bolívar, después del incendio, los tanques apuntan a los pisos superiores sin pensar en que podían hacer daño a los rehenes y guerrilleros. Los impactos que estremecieron abrieron boquetes en el baño para que los militares metieran sus armas y se creara un fuego cruzado. Por esta razón, los guerrilleros sobrevivientes liberaron a los secuestrados para afrontar la situación que se venía en medio del calor y la ceniza espesa que los rodeaba.

Ya es la mañana del 7 de noviembre de 1985; la toma ha finalizado y ha comenzado la pesadilla de los familiares que no saben

de los suyos. Entre ellos está Martha que, ante la desaparición de su esposo, decide acercarse al lugar de los hechos, y se encuentra con una neblina y un ambiente pesado. Con el rostro lleno de lágrimas y con la voz entrecortada le pregunta a un soldado sobre los desaparecidos:

●● —Buenos días, ¿sabe dónde puedo averiguar sobre los desaparecidos? —

—El comandante que está al frente le puede colaborar —responde el soldado.

Al acercarse, el comandante no supo darle una respuesta. Martha, desesperada, decide hacer su propia búsqueda; sin embargo, hasta hoy no ha dado resultados por la dificultad del caso, dejando una huella imborrable en su corazón. Según registros del Consejo de Estado, el saldo de la toma del Palacio de Justicia fue de 94 individuos desaparecidos, 68 identificados, incluyendo magistrados, empleados y visitantes; las personas no registradas pasaron por fosas comunes, dificultando incluso más reconocer su identidad.

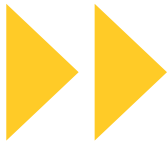


Fotografía: Palacio de Justicia | RTVC

TOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

El evento es recordado como un “holocausto” que violó los derechos humanos y dejó profundas cicatrices en Colombia

6 DE NOVIEMBRE DE 1985



300 PERSONAS

Estaban dentro del Palacio al inicio del asalto.

100 PERSONAS

En la toma del Palacio de Justicia en 1985 murieron cerca de 100 personas.

11 PERSONAS

Desaparecidas cuyas identidades aún son parcialmente inciertas, sumando una tragedia que sigue sin una verdad absoluta en Colombia.

PREGUNTAS QUE EL FUEGO

del Palacio de Justicia dejó sin respuesta

Cuarenta años después de la toma y retoma del palacio, aún quedan varias preguntas en el tintero. La justicia no ha logrado apagar el fuego de la memoria de todas las víctimas que dejó este acontecimiento histórico, que marcó a una generación completa.

Emanuel Suárez | 6.º semestre

El 6 de noviembre de 1985, sobre las 2:30 de la tarde, mientras la mayoría del pueblo colombiano realizaba sus actividades diarias como de costumbre, en la Plaza de Bolívar, a las afueras del Palacio de Justicia, se respiraba desesperación y se escuchaba el miedo de los rehenes en cada disparo propiciado por el M-19. Magistrados de la Corte Suprema y del Consejo de Estado, empleados del servicio, mensajeros, secretarios, auxiliares, archivistas y empleados de la cafetería, clamaron un cese al fuego, pero entre los proyectiles de los tanques del Ejército Nacional y de los tiros del M-19, la mayoría de sus voces fueron silenciadas.

La primera pregunta que surge frente a la toma es: ¿dónde estaba la fuerza pública en ese momento? Es insólito pensar que a pesar de que la toma estaba anunciada desde hacía casi un mes, el Palacio estaba desprotegido a la hora del ataque. En agosto de 1984, el presidente Belisario Betancur había firmado un cese al fuego con el grupo guerrillero M-19, pero lo cierto es que esa tregua nunca se respetó por ninguna de las partes.

En diciembre de ese mismo año se llevó a cabo la Batalla de Yarumales, un combate que duró aproximadamente 22 días, cuyo objetivo era desplazar El campamento de la libertad, perteneciente al grupo armado, ubicado en Yarumales. En octubre de 1985 ocurrió un atentado contra el general Rafael Samudio Molina, en ese momento comandante del Ejército Nacional, sucedido cerca a la Escuela de Caballería al norte de Bogotá. Su autor principal fue el movimiento guerrillero M-19.

En septiembre de 1985, varios magistrados y funcionarios del gobierno se habían reunido con la policía y entes de control, para revisar el esquema de seguridad del palacio, justo por los días cuando se debatía sobre la extradición de narcotraficantes a Estados Unidos, razón por la cual magistrados como Manuel Gaona y Carlos Medellín recibieron amenazas directas. Tras esta reunión se esclareció que el nivel de riesgo era alto y el palacio debía tener un esquema de seguridad mayor. El Ejército recibió la orden de custodiar el Palacio y sus alrededores.

A pesar de que la toma había sido advertida casi un mes antes, a través de un informe de inteligencia que el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS)



Fotografía: Palacio de Justicia | RTVC

le había enviado al Gobierno Nacional, el primero de noviembre fue retirada la seguridad de la fuerza pública, dejándole la tarea de defender y salvaguardar el palacio a la empresa Seguridad del Estado. El seis de noviembre de 1985, lo único que se interponía entre las personas dentro del Palacio de Justicia y el M-19 eran los empleados de esta empresa, que no estaban capacitados para contener un ataque de esa magnitud,

como afirmó en su testimonio el magistrado Humberto Murcia Ballén, uno de los sobrevivientes: “Perdónenme que se los diga, pero esta fue una toma del Palacio de Justicia anunciada y consentida por el Gobierno”.

Aproximadamente a las 11:30 de la mañana empezó el caos: los integrantes del grupo guerrillero, con ayuda de un camión Ford, ingresaron por una de las puertas del parqueadero, del cual descendieron treinta y cinco guerrilleros, veinticinco hombres y diez mujeres, que se distribuyeron por las instalaciones. A mano armada empezaron a someter a las personas que estaban dentro del Palacio. A eso de las 12:30 de la tarde, el edificio se había convertido en una zona de caos y supervivencia.

Sobre la 1:00 de la tarde llegó el Ejército Nacional, y aquí surge la segunda pregunta: ¿su plan era rescatar a los rehenes, o arremeter contra todo lo que se encontrarán a su paso? Después de la llegada del ejército, empezó un enfrentamiento a sangre y muerte: de un lado estaban las fuerzas del Estado, que con ayuda de tanques, ametralladoras y soldados ingresaron al Palacio. Del otro lado se encontraba el M-19,

que con ayuda de explosivos, granadas, armamentos y pie de fuerza respondieron la arremetida.

Luego del primer incendio en el parqueadero del Palacio, sobre las 2:00 de la tarde, el ejército avanzó y tomó el control del primer y segundo piso. Utilizando toda su fuerza, comenzaron a disparar hacia el tercer y cuarto piso, donde se concentraban los integrantes del grupo guerrillero, fuego cruzado que se extendió por horas, por cuenta del cual murieron rehenes, guerrilleros e integrantes del ejército, una batalla campal donde simplemente todos eran enemigos del Estado.

Los rehenes se habían visto obligados a atrincherarse en los baños ubicados entre el segundo y tercer piso. Desde allí clamaban al Ejército para que dejara de disparar, que ellos estaban ahí. Entonces ya se había escuchado en los medios de comunicación el grito de ayuda del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Alfonso Reyes Echandía, con su frase inolvidable: “¡Que cese el fuego!”. En horas de la noche, cuando la confrontación se recrudeció, en los medios se transmitía un partido de fútbol. La ministra de comunicaciones de la época, Noemí Sanín, en diciembre de 1985, le aseguró a la Comisión de la Verdad que nunca dio la orden de transmitir un partido; lo que hizo fue un comunicado sugiriéndoles a los medios no transmitir lo que pasaba en el Palacio. Esta decisión dejó muchos cuestionamientos y dudas sobre la gestión de la ministra en ese momento.

Según las autoridades, nunca detuvieron el fuego pese a las súplicas de los rehenes, bajo el argumento de que no sabían

si estaban siendo obligados por parte del grupo guerrillero a pedir el cese al fuego. Hay otras teorías que aseguran que el ejército no detuvo el fuego porque su orden era atacar sin importar si eran rehenes o guerrilleros, como se deduce de la expresión “si aparece el chaleco que no aparezca la manga”, pronunciada por un alto mando del Ejército Nacional.

Lo cierto es que, el viernes 8 de noviembre, cuando los peritos de Medicina Legal comenzaron a revisar los cuerpos de las víctimas, descubrieron que varios tenían impactos de bala de armas usadas por el propio Ejército Nacional. ¿Quién responde cuando el Estado se dispara a sí mismo? La justicia concluyó que hubo un exceso de fuerza en una toma de rehenes que además ya estaba anunciada tiempo atrás.

El viernes 8 de noviembre Colombia amaneció expectante, pues el sonido ensordecedor de los tanques y las ametralladoras había cesado. Según algunos medios, la retoma había sido un rotundo éxito. Sin embargo, el uso desmedido de la fuerza militar y el mal manejo de los cadáveres de las víctimas dejó un sinsabor entre quienes vivieron de cerca los acontecimientos de la toma y retoma. Luego de que el M-19 se rindiera al ver que ya le quedaban pocos refuerzos y municiones, los cuerpos carbonizados y sin vida de las víctimas fueron trasladados al primer piso para que así las familias pudieran empezar con el reconocimiento de las víctimas, hecho criticado, ya que mover los cadáveres no solo entorpeció los procesos forenses, también alteró la

escena del crimen y afectó el análisis posterior de lo sucedido.

Durante el enfrentamiento fueron rescatados 11 rehenes, en su mayoría empleados de la cafetería, captados con vida en video por algunos periodistas, fueron trasladados a la Casa del Florero, ubicada en la esquina del Palacio, donde fueron sometidos a interrogatorios por parte del Ejército Nacional, aquí surgen otras preguntas: ¿qué pasó con estas personas en la Casa del Florero? ¿Qué vieron que no podía ser contado a la opinión pública? Después de que fueran trasladados a la Casa del Florero, la única persona que fue vista salir con vida fue Irma Franco, integrante del M-19, quien fue subida a una camioneta con rumbo incierto; nunca más se la volvió a ver.

Desde el miércoles 6 hasta el viernes 8 de noviembre, las familias de muchas víctimas estuvieron pendientes de los medios, de las listas de fallecidos y rescatados, listas en las que nunca aparecieron los nombres de sus parientes. La búsqueda inició apenas concluyó el enfrentamiento. El jueves 7 por la tarde, Enrique Rodríguez, el padre del administrador de la cafetería, Carlos Rodríguez, se coló entre las calles custodiadas por el Ejército y logró hablar con un investigador del DAS quien le comentó que a los empleados de la cafetería se los habían llevado a la Escuela de Caballería, donde no le dijeron nada. Después de esto, el viernes 8 su búsqueda se trasladó a Medicina Legal. Rodríguez hizo que le mostraran los cuerpos de las víctimas, pero no consiguió pistas sobre el paradero de su hijo. Acudió a

varios medios de comunicación, también al Hospital Militar y, por último, al Batallón de Inteligencia Charry Solano, pero tampoco obtuvo respuestas.

Enrique Rodríguez no se quedó callado, habló con jueces, policías, periodistas y legistas para hacerles saber que no podía ser coincidencia que las ocho personas de la cafetería estuvieran dentro del grupo de desaparecidos que habían sido trasladados a la Casa del Florero, que no se sabía si estaban vivos o muertos. De esa lucha nació el movimiento Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos del Palacio de Justicia, liderado por Enrique Rodríguez y otras familias que como él estaban en la búsqueda de sus parientes.

La justicia concluyó que estas personas siguen desaparecidas. En 2014, la Corte Interamericana de Derechos Humanos indicó que el Estado colombiano es responsable por la desaparición forzada, ejecución extrajudicial y tortura de varias personas durante y después de la retoma. También reconoció que los empleados de la cafetería, en la mayoría de los casos, siguen desaparecidos.

Este acontecimiento histórico marcó un antes y un después para una generación completa, no obstante, luego de cuarenta años, el país recuerda los hechos del Palacio con un sentimiento de dolor e incertidumbre, pues, aunque las llamas se apagaron, la verdad sigue ardiendo entre los escombros de la memoria.

La fotografía que nunca regresó a casa

Presuntuoso, ese 6 de noviembre de 1985, se despidió de Pilar y de sus hijas, prometiéndoles que las llamaría alrededor de las 11 de la mañana, cuando tuviera la posibilidad en la cafetería del Palacio de Justicia donde se desempeñaba de lunes a viernes como mesero.

Luisa Fernanda Pérez Buitrago | Publicado originalmente el 14 noviembre, 2019

● ●

“Préstame la foto Pili. Préstamela, préstamela. Préstamela para mostrársela a la doctora Nora. No seas así”, le dijo Héctor en tono suplicante a su esposa Pilar, quien sostenía con sus manos la fotografía de sus cuatro hijas con el disfraz de la noche de brujas del 85. Ella se negaba a entregársela, pero mientras desayunaban y cansada de tanta insistencia le respondió: “¡No!” Siempre botas las fotos que te llevas”, le dijo al tiempo que cambiaba de opinión. “Jimmy, toma la foto, pero espera, espera; no todo es tan fácil, si la pierdes no intentes regresar. Mejor dicho, repite después de mí: Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa”.

Jimmy era el sobrenombre que Pilar le tenía de cariño a su esposo. Él, con la fotografía en el bolsillo delantero de su camisa se dispuso al juramento. Con una mano puesta en el pecho, justo en el lugar donde se encontraba el retrato, muy cerca del corazón, y con la otra levantada a la altura de su cabeza, repitió: “Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa”. Jamás un juramento había sido tan preciso.

Presuntuoso, ese 6 de noviembre de 1985, se despidió de Pilar y de sus hijas, prometiéndoles que las llamaría alrededor de las 11 de la mañana, cuando tuviera la posibilidad en la cafetería del Palacio de Justicia donde se desempeñaba de lunes a viernes como mesero.

Para la época, vivían en un apartamento pequeño que compartían con la mamá y la

hermana de Pilar en el municipio de Soacha; tenían falencias económicas y el peso de la responsabilidad derivado del cuidado de las niñas y del hogar, congeló, de alguna forma, la pasión y el deseo.

Pilar conoció a Héctor cuando tenía 13 años. Mientras ella ensayaba la interpretación del papel de Mauricio para una obra teatral llamada Toque de queda, él asomó de repente: era alto y delgado, no tenía camisa y cubría sus piernas con un pantalón camuflado; se hizo notar de inmediato.

“Oye, tú lo estás haciendo mal. No estás haciendo bien eso, mira, tienes que moverte como si te halaran, como si estuvieras molesta”, le dijo con el acento costeño que lo caracterizaba. Enseguida le mostró a la joven la forma correcta de interpretar al personaje.

Desde ese día pasaron unos cuantos piropos y algunos momentos de coquetería



Fotografía: Datéate

para que ella se animara a ser su novia sin tener en cuenta los nueve años de diferencia. Era octubre de 1970, y solo pasaron tres meses para que del amor surgiera el primer fruto.

A las once de la mañana Pilar comenzó a llamar insistentemente a Héctor al teléfono de la cafetería para contarle que había logrado matricular a su hija mayor en el colegio, pero al verificar que la línea se encontraba ocupada, consideró pertinente no molestar y esperar a que él fuera quien se comunicara. Pasadas las doce del mediodía entró al apartamento Helena, su amiga más cercana, para preguntarle si ya se había enterado de lo acontecido en el Palacio de Justicia: “¡Marica, los guerrilleros del M-19 se tomaron el Palacio de Justicia!”

Entre la angustia y la confusión prendieron el televisor. El terror aumentó cuando vieron que en vivo se transmitía el holocausto: los tanques, los gritos, los sollozos de los familiares que llegaban, la arremetida inédita del Ejército Nacional a las instalaciones, el sonido de las balas. Pilar no comprendía lo que estaba pasando. Apagó la caja negra para evitar que sus hijas la vieran y como consuelo se decía a sí misma: “a él no le va a pasar nada, a él no le puede pasar nada”.

“¿Pero qué le puede pasar si no es guerrillero, ni magistrado, ni abogado, ni mucho menos policía?” Jimmy es solo un mesero”. Le confesaba atónita a Helena.

Ese día cerca de 35 guerrilleros de la compañía Iván Marino Ospina del Movimiento M-19 se tomaron por asalto las instalaciones del Palacio de Justicia en Bogotá. Lo llamaron La Operación Antonio Nariño por los Derechos del Hombre, para entablarle un juicio público al gobierno de Belisario Betancourt, entonces presidente de la República, y reclamarle así por el incumplimiento a la tregua establecida con la organización. 350 personas entre Magistrados, consejeros de Estado, visitantes y empleados que se encontraban en el recinto, fueron tomados como rehenes por la organización guerrillera, liderada por los comandantes Andrés Almarales, Alfonso Jockuin y Luis Otero. Ante el hecho, el Ejército

Nacional y la Policía rodearon el edificio, y aunque horas más tarde lograron ingresar a las instalaciones para recuperar el control de la situación, esta incursión se convirtió en un desastre inevitable.

Gran parte del acontecimiento Pilar lo pasó con la familia de Héctor en su casa, pues fue su cuñado quien se acercó al Palacio. Pasaban las horas, los minutos, los segundos, y entre las cenizas del fuego transcurrió la noche, y al día siguiente, 7 de noviembre, comenzaron a salir los sobrevivientes.

Con el corazón en la mano y los nervios hechos trizas, Pilar se fue para el centro, en compañía de sus suegros, cuando su cuñado le aseguró que ya todo había finalizado. Él le confirmó que había entrado a la cafetería, y como no vio cadáveres o rastros de sangre, supuso que Héctor aún seguía con vida.

En un carro pequeño y viejo, Julio, el padre de Héctor, las llevaba hasta el lugar de los hechos. Subió por la carrera cuarta y desde allí bajaron corriendo hasta la séptima. Desde las ventanas de las casas les gritaban: “escóndanse, quítense, aún hay francotiradores”, a lo que hicieron caso omiso. Pilar jamás olvidará el retrato de lo ocurrido, pues una vez llegaron a la Plaza de Bolívar sintió olor a carne cocinada: vio cómo sacaban los cuerpos uno tras otro, algunos prácticamente convertidos en cenizas.

Jamás un juramento había sido tan preciso. Sin duda la fatalidad del destino ya no

haría volver a Héctor con la fotografía. Desde ese día nunca más regresaría para besar a su esposa y ver crecer a sus hijas, porque él, desde ese día, se convirtió en uno de los desaparecidos del Palacio de Justicia...

Han sido años de lucha para Pilar y su familia, el aprender a vivir su realidad sin Jimmy que ya no estaría presente en los cumpleaños, en las navidades, en el nacimiento de sus nietos ni para atender las dolencias de sus viejos. También se enfrentaron a un Estado indolente y a las amenazas que día a día golpeaban a su puerta, a los señalamientos de algunos miembros del Ejército y a la indiferencia del pueblo colombiano.

Para Pilar fue complejo aliviar el dolor que la ausencia de su esposo les causaba a sus hijas, en especial, a la de mayor edad. “Lo más traumático de esta experiencia era no saber si estaba vivo o muerto, y si había sido asesinado ¿dónde estaban sus restos?, ¿cómo hacerle una despedida digna? o ¿por qué a él, sí solo era un mesero?”, asevera, sosteniendo su rostro.

Héctor no solo fue desaparecido sino asesinado. Las exequias se celebraron treinta años después, una vez se descubrió que sus restos estaban enterrados por equivocación en la tumba del magistrado auxiliar Julio César Andrade.

La fotografía de sus cuatro hijas disfrazadas adquiere mayor significado luego de pasados algunos años, pues durante su testimonio, el agente de inteligencia del Estado, Ricardo Gámez Mazuera, en el exilio, indicara que durante la arremetida vio a Héctor Jaime, que a pesar de los gritos y las golpizas que le propinaban, nunca apartó la mano del pecho.

Pilar ama a Jimmy a través de su recuerdo. No le fue fácil enfrentarse a la vida sola con cuatro niñas pequeñas y a todo lo que su crianza ameritaba, pero lo logró, porque las sacó bien libradas del dolor. Ella hoy es una de las voces más reconocidas de las víctimas de crímenes de Estado en el país, es una activista de corazón y cuerpo entero. Se convirtió en actriz y encontró en el teatro una forma creativa de lucha y protesta ante tantos años de silencio.



● ●
 “Repíte después de mí: Yo, Héctor Jaime Beltrán, juro que si pierdo la foto no regreso a casa” ... fue el juramento que por años estuvo presente en la conciencia de Pilar.

: LA EMPANADA QUE SE CREYÓ ÚNICA... y descubrió que todas lo son

Crónica de una empanada en busca de su razón de ser por Bogotá

Julián David Bernal | 4.º semestre



Fotografía: Julián David Bernal

► La señora Martha sirve empanadas con ají casero y queso rallado en su puesto cerca de la Plaza Distrital de Mercado 20 de Julio. Lleva más de veinte años perfeccionando su receta.

Antes de que el aceite me hiciera crujir y la servilleta me abrace como si fuera pañal de papel, yo ya había vivido más vidas que un gato callejero. Mi técnica —esa de envolver sabores en masa— no nació en una cocina bogotana ni en una freidora de esquina. Vengo de banquetes egipcios, de mesas griegas, de celebraciones persas. Los árabes me moldearon en forma de sambuses, una masa con aspecto de medialuna, y los españoles, siempre tan entusiastas con lo ajeno, me trajeron al nuevo mundo como quien lleva una receta en la maleta y la reproduce después. En Colombia me tropicalicé —o como diría Karol G, me volví tropicoqueta: mestiza, coqueta, sabrosa. Me mezclé con el maíz, con la papa, con el ají, y terminé convertida en lo que soy hoy: una empanada colombiana, servida en plazas, mercados y esquinas, con alma de calle y corazón de casa. Me han dedicado monumentos en Caicedonia y Manizales, pero lo que yo quiero es que me lean, que me muerdan, que me entiendan. Esta crónica es mi viaje por Bogotá en busca de mi alma. Y créanme: no hay GPS para eso.

El sol apenas se asoma y ya huele a aceite caliente. Estoy en Suba, fundada oficialmente por los españoles en 1.550 en la Plaza Fundacional por Antonio Díaz Cardoso. Junto a un colegio distrital, los balones rebotan como si marcaran el ritmo de la vida. El puesto es humilde: una sombrilla

azul desgastada, sostenida por hilos gruesos que parecen tener más memoria que tela. La señora que me prepara tiene manos rápidas y una sonrisa que no se apaga, como si cada empanada fuera una carta de amor frita.



Las primeras expresiones escritas de amor, según los papiros del imperio egipcio, datan del 1.070 antes de Cristo. Yo soy más modesta: me acomodo en una servilleta y escucho, sin sorpresa, la pregunta que define mi destino. “¿Con ají o sin ají, mi amor?” Aquí soy empanada de papa y arroz.

Sencilla, pero poderosa. Me acompañan salsas caseras: una de ajo que pica como chisme de barrio, otra de guacamole que abraza como mamá.

Los jóvenes me comen entre risas, con hambre de futuro. Me siento útil, querida. En Suba, soy esperanza envuelta en masa.

Atravieso la ciudad y llego al corazón antiguo. Las calles empedradas de La Candelaria, bautizada por la capilla de la Virgen del mismo nombre, me hacen sentir vieja. Como Sofía Rojas, la mujer más longeva registrada en Colombia, que falleció en 2022 a los 114 años y 351 días. O como Efraín Antonio Ríos García, el hombre más viejo del país, que murió en 2024 a los 113 años y 282 días. En “La Puerta Falsa” me sirven

en loza blanca, con una cucharita de metal al lado. Aquí soy empanada de carne, bien sazónada, con cebolla larga y comino. Me acompañan con chocolate santafereño y almojábana, ese manjar colombiano cuyo nombre viene del árabe almuyabbana, “hecha con queso”. El desayuno aquí no es rutina, es ritual. Los comensales hablan en voz baja, como si respetaran la historia que los rodea. En las paredes hay fotos sepia, y en el aire flota la memoria de generaciones. Me siento parte de algo más grande. Aquí no soy comida rápida, soy ceremonia. Soy Bogotá contada en bocados. Me recuerdan a las abuelas que cocinan sin receta, pero con precisión emocional.

En Usaqué, “Tierra del sol”, fundada en 1.539 como Santa Bárbara de Usaqué y anexada a Bogotá en 1.954, me transformo. Dentro de Andrés Carne de Res soy empanada gourmet. La palabra gourmet, que alguna vez significó “empleado que elabora vino”, hoy me viste de gala. Me llenan con cordero, me sirven en una tabla de madera con reducción de maracuyá y espuma de ají. Los precios me marean. Me siento disfrazada. Los comensales me miran con curiosidad, algunos me fotografían antes de probarme. ¿Soy yo? ¿O soy una versión que se aleja de mi esencia? Aquí soy espectáculo, soy trending topic, ese anglicismo que se popularizó con el extinto Twitter. Pero también soy duda. Me acuerdo de las veces que uno se pone ropa que

no le queda, solo por encajar. Me pregunto si el sabor puede sobrevivir al ego. “La cocina no es para impresionar, es para emocionar”, dijo el chef Jorge Rausch. Y yo, empanada, me pregunto si aún emocio-

● ●
“La cocina no es para impresionar, es para emocionar”, dijo el chef Jorge Rausch.

El final de mi viaje me lleva al sur, a la Plaza Distrital de Mercado 20 de Julio. Fundada en 1974 y abierta en 1975, este tesoro gastronómico conecta la ruralidad bogotana con la ciudad a través de su mercado campesino. Aquí todo huele a frutas, a cilantro fresco, a vida. Me fríen junto a empanadas de yuca, o empanadas dulces con piña, y las clásicas empanadas de arroz que nunca fallan. Hay música en vivo: un trío canta carrangas, ese género creado por Jorge Velosa, y me pregunto cuál sería su empanada favorita. Mientras los clientes bailan entre puestos, me sirven en una bolsa de papel, con ají picante y una sonrisa. Nadie pregunta por mi origen, todos me aceptan como soy. Aquí soy comunidad. Soy mezcla. Soy celebración. Me doy cuenta de que no existe “LA” empanada perfecta. Cada versión es un reflejo del lugar, del momento, del corazón que la prepara. Como los abrazos, como las canciones que uno canta sin saber la letra, como los domingos en familia donde nadie discute el menú porque todos saben que lo importante es estar.

También tengo a mis madrinas –esa palabra que viene del latín matrina, y que nombra a las mujeres que asumen el papel de guía y de apoyo–. Una de ellas es la señora Martha, que me fríe y me ofrece en la Plaza Distrital de Mercado 20 de Julio como quien prepara el secreto de la felicidad en una masa crujiente. Lleva más de veinte años haciéndome, con manos de textura similar a la leña, curtidas por el tiempo, cálidas como fogón, firmes como raíz. Manos con destreza, agilidad y movimiento constante, capaces de manipular la masa, rellenarla y sellarla con un repulgue que combina fuerza, suavidad y control. Gracias a mí –sí, a esta empanada que habla– sus tres hijos lograron estudiar sus carreras universitarias. Me sirve con ají casero, con queso rallado como toque de modernidad, y con una sonrisa que no se apaga ni con la lluvia. “Eso no se puede decir”, responde Martha cuando le preguntan por su receta y sus truquitos culinarios, y yo me río desde la servilleta. Martha no estudió gastronomía, pero perfeccionó su arte y su poesía durante años.

En el camino, escuché a un estudiante de Comunicación Social de UNIMINUTO decir que la empanada es “la crónica comestible del pueblo”. Me gustó. Él venía de cubrir una historia sobre empanaderos y me contó que, en medio de la reforma laboral de 2023 —con la ampliación del horario nocturno, la transformación del contrato de aprendizaje en contrato laboral especial, y la limitación de los contratos a término fijo— muchos vendedores se organizaron para exigir derechos. Me hizo pensar en cómo

la empanada también resiste: al hambre, al olvido, al desprecio gourmet. En 1991, cuando Colombia reformó su Constitución, se habló de dignidad. Y yo, empanada, reclamo la mía. No por mí, sino por quienes me fríen con las uñas, por quienes me venden bajo la lluvia, por quienes me comen con fe.

Recuerdo entonces una frase de Mariana Pajón, doble medallista olímpica: “La perfección no existe, pero la pasión sí.” Y eso soy yo. Pasión frita. En cada esquina, en cada barrio, en cada historia. Como dice el himno de Bogotá: “con el alma en los colores de la bandera”. Amarillo como el maíz y el rojo como el ají. No nací para ser gourmet. Tampoco para ser rápida. Soy empanada, y estoy en busca de algo que nadie sabe definir: la perfección. Mi viaje por Bogotá no es solo una travesía de sabores, sino un recorrido por la memoria, la identidad y el afecto que envuelve cada bocado. Porque en esta ciudad, cada empanada cuenta una historia. Y yo estoy aquí para contarlas todas. Al final, descubro que no

soy una receta, soy un reflejo. Y en Bogotá, cada mordisco es una forma de decir: aquí estamos, diversos, sabrosos, vivos.



► La empanada que se creyó única... y descubrió que todas lo son



Fotografía: Julián David Bernal

Roscograma del Gobierno Duque

El gobierno de Iván Duque fue señalado por continuar las malas prácticas de su predecesor, Juan Manuel Santos, en cuanto a la repartición de cargos y la llamada “mermelada burocrática”. Durante su campaña presidencial, Duque prometió transparencia y meritocracia, pero una vez en el poder, estos compromisos se vieron opacados por el ascenso de familiares de altos funcionarios a importantes cargos públicos.

Andrés Felipe Rey Pérez y Augusto Diaz Cadena | 6.º semestre



IVÁN DUQUE MÁRQUEZ

Expresidente de Colombia, 2018-2022

Fotografía: Tomada de Evaluamos

Nombramientos familiares y conflictos de interés

SILVIA REYES ACEVEDO

Exgerente de Previsora Seguros



Silvia Reyes Acevedo fue secretaria general del Ministerio de Hacienda durante el gobierno de Juan Manuel Santos. Además, hasta agosto de 2021, presidió la junta directiva de CISA (Central de Inversiones S.A.), sociedad vinculada al Ministerio de Hacienda.

Investigaciones judiciales y conflictos de interés

ALBERTO CARRASQUILLA

Exministro de Hacienda



Carrasquilla, quien fue ministro de Hacienda durante el gobierno de Álvaro Uribe y repitió en el mismo cargo con Iván Duque, enfrenta una investigación por el escándalo de los “Bonos de Agua” y su vinculación con Odebrecht en 2009. A pesar de estas controversias, Carrasquilla es uno de los principales beneficiarios del roscograma familiar de Duque.

CÉSAR OCTAVIO REYES

Hermano de Silvia Reyes

Nombrado para la presidencia de CISA, César Reyes exdelegado para el Riesgo de Lavado de Activos de la Superintendencia Financiera. Se destaca el hecho de que se lo haya propuesto para liderar CISA, una entidad clave en la gestión de los bienes estatales.

LINA BARRERA RUEDA

Amiga de César Reyes

Fue candidata a la presidencia de CISA, sin embargo, a pesar de no ser nombrada, terminó siendo Subgerente del Fondo de Adaptación, accediendo a miles de millones de pesos en inversiones públicas.

Roscograma

CLARA PARRA BELTRÁN

Esposa

Alta consejera Presidencial para la Competitividad y el Sector Privado. Nombrada por Duque, Parra Beltrán ocupa un cargo clave en el gobierno, gestionando políticas relacionadas con el sector privado.

ANDRÉS PARRA BELTRÁN

Cuñado

Subgerente de Estructuración del Fondo de Adaptación, entidad adscrita al Ministerio de Hacienda que lidera su cuñado, Alberto Carrasquilla.

CLAUDIA ISABEL GONZÁLEZ SÁNCHEZ

Conexiones políticas e influencia

Exsecretaria Jurídica de la Presidencia

Claudia González ha tenido una destacada carrera dentro del sector público, siendo parte del gobierno de Santos y luego del de Duque.

AMISTAD CON SILVIA REYES

González, exsecretaria jurídica de la presidencia, tiene una amistad cercana con Silvia Reyes, quien dirigió la Previsora Seguros. González fue quien recomendó a Reyes para ocupar su cargo y, además, logró que fuera nombrada en la junta directiva de Ecopetrol.

MIEMBRO DE LA JUNTA DE CISA

González también se hizo nombrar representante del sector privado en la junta de CISA, estrategia que reforzó su poder dentro de las estructuras clave del Estado.

● ●
 Nepotismo en Cancillería

JUAN PABLO LIÉVANO
 ▶ *Exsuperintendente de Sociedades*



Juan Pablo Liévano, exsuperintendente de Sociedades, está casado con María José Lara Anaya, hijastra del canciller Carlos Holmes Trujillo. Esta relación le ha permitido acceder a una posición de influencia dentro de CISA, donde María José Lara también ocupa un cargo en la junta directiva.

● ●
 Nepotismo en el sector asegurador

FRANCISCO SALAZAR GÓMEZ
 ▶ *Expresidente de Positiva Seguros*



A finales de octubre de 2021, Francisco Salazar Gómez fue nombrado presidente de Positiva Compañía de Seguros. Curiosamente, Salazar Gómez es hermano de Juan Carlos Salazar Gómez, quien dirigió la Aeronáutica Civil, cargo de nombramiento presidencial.

Nepotismo

● ●
 Según el diccionario de la Real Academia Española:
“Utilización de un cargo para designar a familiares o amigos en determinados empleos o concederles otros tipos de favores, al margen del principio de mérito y capacidad”.

● ●
 Nepotismo en entidades de inversión pública

MARÍA ELIA ABUCHAIBE
 ▶ *Gerente de FONADE*



María Elia Abuchaibe, prima de Karen Abudinen, Alta consejera para las Regiones, fue nombrada gerente de Fonade (liquidada en 2019), una entidad encargada de la gestión de proyectos de infraestructura pública. Este nombramiento fue criticado como parte del roscograma familiar, que continuó con las prácticas de influencia política en los altos cargos del Estado.

● ●
 Vinculaciones familiares

BIBIANA TABOADA ARANGO
 ▶ *subdirectora del DPS*



A lo largo de su administración, Iván Duque fue criticado por perpetuar prácticas de nepotismo y favoritismo. Los casos mencionados muestran cómo familiares y amigos de altos funcionarios del gobierno han sido puestos en escenarios fundamentales dentro de diversas entidades públicas.

Los ejemplos más evidentes de este roscograma familiar incluyen a Alberto Carrasquilla y su familia, Silvia Reyes y César Reyes, Claudia González y sus vínculos con Previsora Seguros, así como otros nombramientos en sectores como el Ministerio de Trabajo, el DPS y CISA. Estos casos evidencian una red de influencias políticas y familiares que evidencian intereses particulares y distintos a los objetivos y misiones de las entidades.

Viviana Taboada Arango, hija de Alicia Arango Olmos, exministra del Interior, fue nombrada el 3 de octubre de 2021 como subdirectora del Departamento Administrativo para la Subdirección General para la Superación de la Pobreza en el DPS. Este nombramiento es otro ejemplo claro de nepotismo, pues pone a familiares de altos funcionarios en puestos esenciales dentro del Estado.

Roscograma

